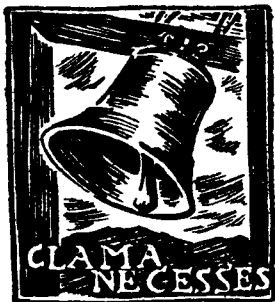


CRISTIANDAD



88

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

15 NOVIEMBRE

1947

Con ocasión de celebrarse este año el cincuentenario de la muerte, en 30 de septiembre de 1897, de Santa Teresita del Niño Jesús, CRISTIANDAD dedica el presente número a difundir «el mensaje espiritual de la Santita de Lisieux, cuya oportunidad, dice S. S. Pío XII, se nos manifiesta siempre en aumento».

Los Sumos Pontífices han recomendado el espíritu y la doctrina de Santa Teresita con insistencia y entusiasmo. Bien se puede resumir su pensamiento con las palabras de Benedicto XV en su discurso sobre la heroicidad de sus virtudes: «Nos deseamos que el secreto de la santidad de Teresa no quede ignorado por nadie».

«Olvidamos con demasiada frecuencia, dice por su parte el Papa felizmente reinante, en su carta de 7 de agosto de este año al Obispo de Bayeux-Lisieux, que para ver claramente el complejo de las cuestiones que hoy día atormentan a la humanidad es necesario junto con la prudencia, aquella superior sencillez que comunica la sabiduría y que Santa Teresa de Lisieux nos muestra de la manera más amable y con tan profundo atractivo que arrastra a todos los corazones. El mundo actual tenía gran necesidad de oír este mensaje de humildad, de sobrenatural elevación y de sencillez».

EDITORIAL: La Santita de Lisieux.

Sección PLURA UT UNUM: **La Rosa deshojada**, por María Asunción López (págs. 490 a 492); **Santa Teresita del Niño Jesús**, por María D. Palou (pág. 492); **El camino de la infancia espiritual** (págs. 493 y 494); **El Dr. Juan Wu Chin-Hsiung**, por Juan Antonio Eguren, S. J. (págs. 494 a 496); **El camino del amor**, por Juan C. H. Wu (págs. 496 y 497); **«Fille mystérieuse»**, por Luis Creus Vidal (págs. 499 a 502); **Glosa a lo Divino** (pág. 502); **Jeter des Fleurs** (pág. 503); **Milagro de virtudes y prodigio de milagros**, por la Reverenda M. Domitila Huneeus (pág. 504); **Flor deshojada**, por Carmen Carroggio (pág. 504).

Sección COLABORACIÓN: **La desnaturalización de España por la deformación histórica**. (II Las Leyendas), por Melchor Ferrer (págs. 505 y 506).

Sección A LA LUZ DEL VATICANO: **La lucha contra el liberalismo**, III, por José-Oriol Cuffi Canadell (páginas 507 y 508).

Sección DE ACTUALIDAD. **La conspiración comunista**, V, por Luis F. Budenz (págs. 508 y 509). **Noticiero quincenal** (págs. 510 y 511).

Sección ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS (págs. 511 y 512).

Ilustran el presente número dibujos debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



Congreso Internacional de Congregaciones Marianas

Con objeto de urgir el día providencial de la declaración dogmática de la Asunción corporal a los Cielos de la Santísima Virgen María.

Estudiar los problemas actuales de las Congregaciones Marianas.

Difundir la obra de formación y apostolado de las mismas.

Barcelona, 29 noviembre - 10 diciembre 1947

Oficinas: Lauria, 15, pral.

P R O G R A M A

Día 29 de noviembre, sábado

8 h.—Misa de comunión para invocar la asistencia del Espíritu Santo, en la Iglesia del Sagrado Corazón (calle de Caspe).

18 h.—Solemne sesión de apertura del Congreso, en el Palacio de la Música:

Saludo a los Congresistas, por don Federico Udina Martorell, Presidente del Comité Ejecutivo.

Presentación de credenciales.

“Tradiciones marianas españolas”, por el Excmo. y Rdm. Sr. D. José López Ortiz, O. S. A., Obispo de Tuy.

Palabras del Emmo. y Rdm. Sr. Dr. Don Manuel Arce Ochotorena, Cardenal Arzobispo de Tarragona.

Día 30, domingo

9.45 h.—Acto de la Congregación de la Inmaculada, con asistencia de los congresistas de fuera de Barcelona. Celebrará la santa Misa de Comu-

CRISTIANDAD

NÚMERO 88 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

15 de Noviembre de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222567
MADRID

LA SANTITA DE LISIEUX

La acreditada revista CRISTIANDAD, con la oportunidad que la distingue desde el primer número de su publicación, se propone dedicar a la Flor de Lisieux un número especial, para tomar parte muy digna en las fiestas culturales que en todas partes se están celebrando de esta gran Carmelita Descalza, declarada por labios augustos una de las santas más excelsas de los tiempos modernos.

Comparte ella con su Santa Madre, la Virgen de Avila, una popularidad tan dilatada dentro del mundo cristiano, y ejercita un señorío espiritual en las almas piadosas tan dulce y atrayente y al propio tiempo tan práctico y provechoso, que cuanto se haga en su honor, quedará por bajo de los grandes méritos de la insigne Descalza.

Nunca se insistirá bastante, hablando de esta sierva de Dios, en que la belleza y delicadeza con que ha sintetizado en fórmulas precisas y preciosas determinados caminos que conducen a la más alta perfección cristiana, no perjudican en lo más mínimo a su profundidad y aplicaciones prácticas y que nada hay más ajeno a ellas que eso que se ha dado en llamar frivolidad brillante de espíritu, que seduce y fascina principalmente a la juventud; antes por el contrario, son de una hondura religiosa que se escapa aún a muchas inteligencias privilegiadas. La autora de la «Historia de un alma» estuvo dotada de un talento nada común y de extraordinaria discreción y buen juicio, que pone ella muy de relieve en cualesquiera de las frases que salen de su pluma, siempre primorosa y siempre seria y densa de pensamiento.

Hemos visto que esta modalidad de la Santa se ha estudiado con detenimiento por hombres eminentes, como en el Congreso celebrado en el Instituto Católico de París, en el que han tomado parte profesores de la Sorbona y de otros centros docentes, y religiosos cultísimos de la Orden del Carmelo Reformado y de otras Familias religiosas.

Es mucho lo que podemos aprender todos en cuanto a perfección cristiana de Sta. Teresa del Niño Jesús y esperamos que no será esta Revista la que menos contribuya a dar a conocer su excelente doctrina espiritual.

Admirador de CRISTIANDAD, dígnese encomendar a la eximia Descalza a su afmo. en Cristo.



FR. SILVERIO DE STA. TERESA
Praeposito General de los Carmelitas Descalzos
Roma

La rosa deshojada

«Tú serás una rosa»

Es el corazón del invierno de 1873. En una casa de artesanía de Alençon, entre perlas y encajes (1) nace una niña. En el siglo XIX no cantan juglares los faustos acontecimientos de sus valedores, ni la industriosa Alençon es marco apropiado para desgranar trovas al son de la tierba en la noche callada, pero no por eso ha de faltarle a la recién nacida el homenaje de la poesía; a las puertas de su dichoso hogar llama una mano infantil (2) y deja su mensaje en estos versos:

*Souris et grandis vite
Au bonheur tout l'invite
Tendres soins, tendre amour...
Oui, souris a l'aurore
Bouton qui viens d'eclore
Tu seras rose un jour! (3).*

El bardo del siglo XIX dice la verdad: La niña es realmente un bellissimo y prometedor capullo de rosa. El azul del cielo ha prendido en sus ojos y su diminuto cuerpecito augura una armonía de perfecciones.

El día 4 de enero es bautizada en Nuestra Señora de Alençon y queda inscrita con los nombres de María Francisca Teresa Martín. Pronto verá en el cielo su inicial formando el brillante cinto de Orión y muy pronto también recibirá del Señor, como los vencedores, «aquella piedrecita blanca en la que está escrito un nombre desconocido de todos». Desconocido de todos entonces, pero que es con el que ha pasado a la posteridad *Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz*.

El tercer grado de humildad

Han pasado 24 años. Estamos en mayo de 1897. En el convento de las Carmelitas de Lisieux dan las ocho de la noche y termina el recreo general, pero les queda todavía a las religiosas un espacio de tiempo libre. Una de ellas atraviesa el claustro con paso breve y ligero. Es un largo trecho iluminado por una lámpara de luz tan escasa que se percibe pero no alumbra, por lo que únicamente se puede adivinar su esbelto talle y su andar alado. Al llegar al final sube una escalera, abre una puerta, coge de una repisa una lamparilla individual, y su luz, vacilante al principio, ilumina un aposento de paredes altas, blancas y lisas; un ventanal cerrado hasta la mitad por espesas celosías empotradas a la pared, unas pobres mantas cubren el jergón que sirve de cama, sobre la que hay una gran cruz adornada con ramitas de palma bendecida; una mesa pequeña arrimada a un ángulo de la pared, un banquillo para sentarse, y, completando la visión de suma pobreza de esta celda, un cántaro grande, desportillado y roto.

El paso por el claustro abierto, húmedo y aun frío a pesar de ser bien entrada la estación, y la subida por la escalera la han fatigado, su salud es ya tan precaria... respira con dificultad y se sienta un momento.

La luz le da entonces de lleno y descubre un rostro juvenil de belleza extraordinaria cuyas proporciones armó-

nicas son fiesta y descanso de los ojos y paz del corazón. Ni el pesado hábito, ni las sandalias remendadas que asoman bajo el ruedo de su falda, logran disimular la serena majestad de su aspecto y sus movimientos, y una expresión del todo celestial irradia la virtud de su alma.

El prometedor capullo que nació en Alençon en el crudo invierno de 1873 ha superado todas las esperanzas. A los 24 años no es solamente una espléndida rosa, sino un complejo armónico de perfecciones físicas y espirituales. El equilibrio perfecto de su inteligencia y su sentimiento se trasluce en la serena calma de su aspecto exterior; su porte delicado, sin ser orgulloso, sabe guardar las distancias; su voluntad firme y clara como un diamante sabe persuadir sin imponerse; sus ojos limpidos que han adivinado todas las fragilidades de la humanidad la miran con amor, pero sin sentimentalismo; nunca se ha sorprendido una palabra dura en aquella boca suave y es imposible imaginar ningún pensamiento mezquino bajo su noble frente. Cualquiera, a primera vista, puede reconocer que su belleza es digna de un trono, su inteligencia de una cátedra, su santidad de un altar.

Precisamente la sorprendemos en el momento en que podemos penetrar en el santuario íntimo de su alma y descubrir el móvil misterioso que ha empujado la voluntad de esta criatura privilegiada a recluirse en la pobre celda del convento de carmelitas de una olvidada ciudad de Normandía.

No ha concedido largo tiempo al descanso. Hojea unos papeles, y como la mesa es muy pequeña, apoya sobre sus rodillas una caja que le sirve de pupitre, traza sobre el blanco papel la señal de la cruz y transcribe el verso que ya ha compuesto por la mañana y que retiene en la memoria para no faltar un punto a la regla que señala para dedicar a estas expansiones únicamente las horas de tiempo libre, por eso la pluma vuela escribiendo:

*La Rose Effeuillée
Jesus, quand je te vois soutenu par ta Mere
Quitter ses bras,
Essayer en tremblant sur notre triste terre
Tes premiers pas;
Devant toi je voudrais effeuiller une rose
En sa fraîcheur
Pour que ton petit pied bien doucement repose
Sur une fleur.
Cette rose effeuille est la fidele image
Divin Enfant
Du coeur que veut pour toi s'immoler sans partage
A chaque instant.
Seigneur, sur tes cutels plus d'une fraîche rose
Aime à brillet
Elle se donne a toy, mais je rêve autre chose;
C'est m'effeuiller... (4)*

¿Quiere recordar la predicción de su nacimiento, o simplemente expresar en un raudal de ternezas la razón de su vida? Es posible que enlace las dos cosas; pero, además, es cierto que con ello nos da una clave segura que descifra la paradoja que nos ha sorprendido en el primer momento al encontrar tanta juventud, tanta belle-

(1) Su padre era joyero y su madre tenía un taller de punto de Alençon.

(2) El padre de este niño, autor de la poesía, era un pobre socorrido por la familia Martín.

(3) Sonríe y crece pronto - Todo te invita a la felicidad - Tierno cuidado, tierno amor - Sí, sonrío a la aurora - Capullo que acabas de abrirte - Tú serás rosa un día.

(4) Jesús, cuando te veo sostenido por tu Madre - Dejar sus brazos - y ensayar vacilante sobre nuestra tierra - Tus primeros pasos - Delante de Ti querría deshojar una rosa - En su lozanía - Para que tu piecicito suavemente posara - Sobre una flor. - Esta rosa deshojada es la fiel imagen - Divino Niño - Del corazón que quiere inmolarse enteramente por ti - A cada instante - Señor, en tus altares más de una fresca rosa - Quiere brillar - Ella se te entrega, más yo quiero otra cosa - deshojarme...

za y tanta gracia, recluida a la más rigurosa clausura, cautiva de los votos monásticos y agotada en el cumplimiento de una regla demasiado austera para su exquisita sensibilidad y su delicado temperamento.

Esta razón aparece ya con claridad meridiana; es una inmolación de amor. De un amor vehemente que no busca compensación, de un anhelo infinito que se abandona hasta el heroísmo.

Se ha enamorado de Jesús Niño y ha penetrado el misterio fecundo de su infancia. Arrobada ve cómo se desprende de los brazos de su Madre y ensaya sus primeros pasos; adivina que esos pasitos vacilantes empiezan su ruta hacia el Calvario y sienten ya la aspereza de la tierra seca y dura del destierro. ¿Y no se encontrará manera de suavizar estas asperezas? Sí. Un amor como el suyo es fecundo en ardides. ¿No es ella una rosa? Pues bien, se deshojará donde haya de posar sus piecitos y el Divino Niño andará más dulcemente sobre los pétalos fragantes de una flor. Ciertamente deshojar una flor en su lozania supone un desgarramiento, un doloroso deshacer la carne viva, la renuncia al ser... mas ¿qué importa? si este dolor es tan sólo una imagen de cómo su corazón, con plena conciencia, le ha inmolado un posible glorioso porvenir con una delicadeza que traspasa los límites de lo humano. Muchas son las flores espléndidas que quieren delante de Jesús atraer por su brillantez sus dulces miradas y gozar los regalados dejos del éxtasis de su amor...; pero ella desea otra cosa, deshojarse... envolver a Jesús en su aroma sin que sepa de dónde viene, si esto fuera posible, «sabiéndolo parece que viene obligado a agradecerlo, ¡y aun esto quisiera evitar!». Como víctima posa voluntariamente en el altar de los holocaustos y quiere desaparecer convertida en aroma sólo por dar gloria y placer al Amado, pues sigue así:

*La rose en son éclat peut embellir ta fête
Aimable Enfant!
Mais la rose effeuille, on l'oublie, on la jette
Au gré du vent...
La rose, en s'effeuillant, sans recherche se donne
Pour n'être plus.
Comme elle avec bonheur, a toi je m'abandonne
Petit Jesus!
L'on marche sans regret sur des feuilles de rose
et ces debris
Sont un simple ornement que sans art on dispose
Je l'ai compris (5).*

Aquí la cruda realidad aparece bañada con luz de otras esferas; aquí la suprema aspiración de su alma hecha ritmo y poesía encierra toda la virtualidad ascética que San Ignacio, aquella gigante fortaleza de la Iglesia, pide a los campeones que más se quieran señalar en el ejército del Rey Eternal y Señor Universal. Aquí el tercer grado de humildad vibrando en melodías está comprendido, expresado, aceptado, sencillamente...

Sí, la rosa en su esplendor embellece las fiestas, aroma y color son atavíos brillantes de su forma graciosa, el suave balanceo de su talle aumenta el encanto; es obligado el tributo de admiración, es merecido, mas, ¿qué oscuro destino aguarda a la rosa deshojada? Se la olvida, se la deja al capricho del viento; al deshojarse desaparecen la forma y el colorido; saturará el ambiente de aroma que todos aspirarán con placer, pero ¿quién pensará qué nace de aquellos pétalos que se pisan sin cuidado, porque son un deshecho?

¡Qué bien conoce Teresa que la rosa deshojada espeja su vida! De este modo el desgarramiento puede ser total y hecho

(5) La rosa en su esplendor embellece tu fiesta - ¡Amable Niño! - Mas a la rosa deshojada, se la olvida, se la deja, - Al capricho del viento. - La rosa deshojándose se da sin condiciones - Para dejar de ser - Como ella con placer, a Ti yo me abandono - Pequeño Jesús. - Se anda sin cuidado sobre hojas de rosa - Y estos deshechos - Son un simple ornamento que se dispone sin arte - Ya lo he comprendido...

sin piedad, porque es plenamente consentido. «Su gloria no aparecerá jamás a los ojos de los hombres»; los altos muros del convento la aíslan del mundo; el velo de religiosa esconde su figura; su inteligencia queda igualmente velada; su arte de conversar, su ingenio, su gracia narrativa, sus cualidades excepcionales, pasarán desapercibidas. Será auxiliar del refectorio, quitará las telarañas de la despena, barrerá los claustros, escardará el jardín, y largas horas transcurrirán en el lavadero entre el agua helada o los vapores sofocantes de las coladas mil veces repetidas; los impulsos de su corazón ardiente serán estrujados para cumplir la regla; renunciará al calor familiar de la compañía de sus hermanas para alegrar con su caridad el ánimo de las religiosas más desagradables; la incompreensión y los descuidos harán de su vida un martirio y arruinarán su salud. Nada de esto se oculta a su clarividencia, y con todo avanza, alada, ingrátida, sonriente, porque ha considerado que el desprecio es aún demasiado para ella y se ha «apasionado por el olvido».

De su pluma brotan las imágenes con la claridad del pensamiento infantil, algún invisible serafín debe tener el arco tenso disparando las flechas que transverberan de amor; subidos arreboles tienen su rostro habitualmente pálido, el azul turquí de sus ojos adquiere un brillo inusitado que recuerda el de las sibilas cuando escribe:

*Jesus, pour ton amour j'ai prodigé ma vie
Mon avenir,
Au regard des mortels rose a jamais fletrie
Je dois mourir (6).*

No es una hipérbole poética, ni el delirio febril de un sueño extraviado. Es el resumen fiel de la realidad de su vida deliciosamente envuelto en una oleada sonora.

Ante tan sutil delicadeza, ¿no han de dejar los pies de Jesús, al posarse sobre los frescos pétalos deshojados a su paso, la impronta de su huella divina? Esto explicaría cómo los rasgos de la vida de Jesús se reflejan en la de Teresa; el misterio fecundo de su infancia cristalizado en «su caminito»; el profundo conocimiento de «los tesoros de ternura encerrados en su Corazón», que inspiran la gozosa ofrenda al Amor Misericordioso y la llevan al más sublime grado de aquel místico amor del Amor; el ansia apostólica de salvar y redimir a las almas que la convierte en perpetua orante transformando en amorosas oraciones todos los actos de su vida; y ahora, en su última primavera, cuando contempla con ojos de vidente la larga y dolorosa agonía que ha de culminar en su muerte, se perfilan aún más estos rasgos de semejanza que la hacen decir, como Jesús en Getsemani: «Señor, hágase tu voluntad». Y haciendo de esta voluntad deber y felicidad, afirme sonriente, con la resolución del convencimiento: Porque quiero, como Jesús, reparar, ¡DEBO MORIR!

No se contenta con afirmarlo una vez, lo repite y lo concreta:

*Pour toi je dois mourir, Jesus, beaute suprême,
Oh! quel bonheur!
Je veux en m'effeuillant te prouver que je t'aime
De tout mon coeur.
Sus tes pas enfantins je veux avec mystère
Vivre ici bas
et je voudre encore adoucir au Calvaire
Tes derniers pas... (7).*

No solamente ha querido deshojar sus pétalos bajo los sonrosados pies del Niño de Belén, del Adolescente de Nazaret, o del sabio Rabi que confundía los escribas del

(6) Jesús, por tu amor, he prodigado mi vida - Mi porvenir - A los ojos de los mortales rosa ya marchita - Debo morir.

(7) Por Ti debomorar, Jesús, Beldad suprema - ¡Oh! ¡que felicidad! - Deshojándome quiero probarte que te amo - De todo corazón. - Bajo tus pasos de Niño yo quiero en el misterio, - Vivir en el mundo - Y quisiera también suavizar en el Calvario - Tus últimos pasos.

Templo y los doctores de Israel, sino también delante del Varón de dolores, del deshecho de los hombres, cuando agobiado por la cruz va camino del Calvario bajo el peso implacable de pecados que no ha cometido y quiere reparar. No retrocede cuando el misterio de la Infancia de Jesús se resuelve en la revelación del Calvario. Se ha deshojado ofreciéndose a todas las humillaciones y se deshojará ofreciéndose a todos los dolores. Como no puede aliviar a Jesús las agonías y congojas de la Pasión, echará pétalos perfumados a sus pies pidiendo para sí la muerte por el martirio de amor. Por el martirio sin gloria de la reparación y expiación.

Legión de amor

Como ni una sombra empaña la pureza cristalina de la vida de Teresa que siempre ha correspondido a la gracia y no ha conocido jamás la hora vil en que se cede a la tentación, no faltarán aún entre los cristianos más fervorosos quienes crean que ha sido exagerada su inmoción. «También los Apóstoles murmuraron de la Magdalena cuando esparció su rico perfume sobre la cabeza del Salvador, y quebrando el vaso frágil que lo contenía aromatizó toda la casa.»

Teresa ya sabe que ha de pasar por ilusa a los ojos de los hombres al realizar la ofrenda de todo su ser para expiar y reparar, mas deja al mundo que la juzgue como quiera, y «¿qué importa que el vaso de su vida se rompa si Nuestro Señor queda complacido y el mismo mundo se perfuma aun sin quererlo con el aroma que exhala?».

No se crea, sin embargo, que esta entrega la sume en un anonadamiento estéril, en un sentimentalismo inactivo o en el lánguido divagar de un sueño. Al contrario, le da un espíritu combativo, deseos inmensos y conciencia clara de la misión que le ha impuesto el haber conocido que toda criatura necesita para subsistir de una misericordia que es impotente para merecer, y que el amor es la palanca más poderosa para atraer esta misericordia, que es la misericordia de Dios.

Ha sorprendido el secreto del Corazón de Jesús, el crédito ilimitado que concede al amor y la seguridad de que jamás resiste a este dulce reclamo.

En el olvido silencioso de su convento, en la misma actitud que la hemos visto escribiendo «La Rosa deshojada», sobre ese mismo pequeño pupitre portátil, ha escrito páginas encantadoras y páginas sublimes que la han hecho mensajera y heraldo de esta nueva divina.

«Su caminito» abre una brecha en los muros de día-

mante del castillo interior y muestra el atajo para subir a la cima de la perfección. Enseña a especular con el amor valorando con él todas las acciones y aun las cualidades negativas, lo cual no exige obras extraordinarias, sino simplemente colocarse cada uno en su lugar y no rehuir el ocultarse a los ojos de todos y aun a los de sí mismo, y en una disposición del corazón, que hace pequeño y niño a los ojos de Dios, para que la conciencia de la propia flaqueza les haga objeto de su misericordia y aptos para «revestirse de la virtud y santidad del que es la Virtud y Santidad misma».

Si la austeridad con que se ha ambientado a San Ignacio ha hecho retroceder a muchos para enrolarse en el ejército del Rey Eternal y Señor Universal, el «caminito» proporciona medios fáciles para vencer este retraimiento, pues el amor humilde y confiado sin restar nada a la suma santidad que pide San Ignacio, da a la austeridad de la virtud requerida y que puede aparecer sombría, encanto de infancia, perfume matinal, rosicler de aurora y claridades de sencillez evangélica que proscriben toda inquietud ya que si Dios es el Señor de los Ejércitos, también ama a los niños, cuida de los pajarillos y viste pródigo a los lirios del campo con ropajes más espléndidos que las vestiduras de Salomón.

Pero no le basta escribir bellas frases y poner en habla humana los secretos del Corazón de Jesús. Si enseña la humildad de hacerse niño, de estar contento con la pequeñez, de no rehuir el ocultarse, ella anda la primera este camino y llega tan lejos que acaba por deshojarse. La gloria de su personalidad excepcional «no se conocerá mientras viva, sólo después de muerta empezará la época de sus conquistas».

Mas, por haberse deshojado durante su vida hará caer después de su muerte una lluvia de rosas. Sus pétalos multiplicados hasta el infinito germinarán en rosas blancas de pureza, rosadas de inocencia, pálidas de abnegación, rojas de martirio, encendidas de caridad, que respondiendo a su conjuro (8) formarán la LEGIÓN DE AMOR que podría ser decisiva para el triunfo del ejército del Rey Eternal y Señor Universal que ha de coronar a Cristo Rey porque será la más numerosa, ya que estará formada en el «caminito» que «sin permitir a todos llegar a las alturas a las que condujo a Teresa, no sólo es posible, sino fácil para todos» (9).

María Asunción López

(8) Sta. Teresita «Histoire d'un Âme» final del capítulo II.

(9) Pío XI.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

De belleza seductora,
de suavidad que cautiva,
de caridad siempre activa;
con doctrina salvadora
nos conduce alentadora
a la Fuente de la Vida.
En las almas pequeñitas,
sus enseñanzas derrama;
dice que Jesús las ama
y que su amor solicita.
¡Son «flores» de Teresita
que el mundo entero embalsama!
Bien corresponde al clamor
del Corazón de bondad
el que humilde y en verdad
se entrega por puro amor

y se cobija al calor
del sol de la caridad.
Apoya en fuerza divina
su espíritu de confianza,
en brazos de Dios descansa
y a vivir de fe se anima;
si ciego, dócil camina;
si débil, cobra esperanza.
La «Infancia espiritual»,
senda segura y dichosa
que lleva a Dios amorosa,
es luz sobrenatural;
de esa «Niña» angelical
ciencia divina que endiosa.
Quien surca tal «Caminito»
no pisa con ligereza;

si el pequeñuelo tropieza,
presto mira a lo infinito;
que la Santa deja escrito
de la humildad, la grandeza.
Realiza desde el Carmelo
su vocación misionera:
El AMOR todo lo encierra.
Y tanto abarca su anhelo,
que «quiere pasar su Cielo
haciendo bien en la tierra».
Del Corazón de Jesús
es imán, es mensajera,
es canal, puente y lumbrera.
¡Tan clara brilla su luz,
tan suave muestra la cruz,
que por AMOR a Dios lleva!

María D. Palou

EL CAMINO DE LA INFANCIA ESPIRITUAL

Carta del Santo Padre Pío XII en el cincuentenario de la muerte de Santa Teresa de Lisieux

«A Nuestro Venerable Hermano Francisco Picaud, Obispo de Bayeux y de Lisieux:

Pío Papa XII

Venerable Hermano, Salud y Bendición Apostólica.

Nos ha llenado de paternal alegría la noticia de la celebración de un Congreso Nacional con motivo del cincuentenario de la bienaventurada muerte de Santa Teresita del Niño Jesús, en el que será estudiado y divulgado por escogidos oradores el mensaje espiritual de la Santita de Lisieux, cuya oportunidad en el transcurso de este medio siglo se nos manifiesta siempre en aumento. Son demasiados los caros recuerdos que Nos unen personalmente a la que Nos hemos tenido la satisfacción de dar recientemente por segunda patrona a vuestra querida patria, para que dejemos de aportar a los congresistas Nuestros alientos y Nuestra Bendición. Incluso desearíamos aprovechar la ocasión para repetir brevemente cuán importante Nos parece, en las actuales circunstancias, que todos, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, sigan los ejemplos de la Santa Carmelita que quiso y supo vivir tan perfectamente acá en la tierra, como verdadera hija del Padre Celestial.

El camino de la infancia espiritual, que tras de muchos otros santos vino a recordarnos, es el que el Salvador recomendó a sus Apóstoles con estas palabras: «En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mat., 18, 3).

Muchos se imaginan que es éste un camino especial reservado a inocentes almas de jóvenes novicias, para guiarlas solamente en sus primeros pasos, pero que no conviene a personas ya formadas, las cuales necesitan de mucha prudencia dadas sus grandes responsabilidades. Mas olvidan que el mismo Señor ha recomendado este camino a todos los hijos de Dios, aun a los que tienen, como los Apóstoles a quienes formaba, la mayor de las responsabilidades, la de las almas.

También olvidamos con demasiada frecuencia que para ver claramente el complejo de las cuestiones que hoy día atormentan a la Humanidad es necesario, junto con la prudencia, aquella superior sencillez que comunica la sabiduría, y que Santa Teresa de Lisieux nos muestra de la manera más amable y con tan profundo atractivo, que arrastra a todos los corazones. El mundo actual, desviado por tantas causas y particularmente por el orgullo de sus adelantos científicos, por su exclusiva preocupación por los bienes terrenos y por los encontrados intereses que derivan de ello, tenía gran necesidad de oír este mensaje de humildad, de sobrenatural elevación y de sencillez.

Mas, para comprenderlo, precisa no olvidar la gran sabiduría de esta Santita, su conocimiento profundo de las cosas divinas, sus internos sufrimientos, soportados con heroísmo y que la condujeron a una muy íntima unión con Dios. Su vida nos demuestra que el camino de la infancia espiritual, cual lo concibió bajo la inspiración del Espíritu Santo, lleva las almas a los actos más difíciles y más elevados, como es la ofrenda total de sí mismas para hacer fecundo el apostolado de los misioneros y trabajar con efectividad por la conversión de los pecadores.

Esta espiritualidad recuerda la de Santa Catalina de Siena y la de la gran Santa Teresa de Avila. Nos recuerda también aquella frase de la Imitación (Lib. III, capítulo XL, 5): «La verdadera gloria y la santa alegría consiste en glorificarse en Vos, Señor, y no en sí mismo, en celebrar vuestra grandeza y no la propia virtud, en no encontrar placer en criatura alguna más que por vuestra causa.»

Este camino de infancia, con ser tan elevado, es el que conviene a todo hijo de Dios, por avanzada que sea su edad.

A Santa Teresa de Lisieux la ha impresionado vivamente el parecido que existe entre la infancia ordinaria y la infancia espiritual; pero ha distinguido muy bien sus diferencias.

Los parecidos son manifiestos. Generalmente, el niño es sencillo, sin duplicidad, sin inútiles complicaciones; tiene además conciencia de su debilidad, ya que necesita recibirlo todo de sus padres. De ahí su credulidad hacia cuanto le diga su madre, su absoluta confianza en ella y su amor total por ella. Por consiguiente, si su madre es cristiana y le habla con frecuencia de Dios, el niño pronto ejercita las tres virtudes teologales, esto es, cree en Dios, espera en Él y le ama, antes de conocer la fórmula escrita de los actos de fe, esperanza y caridad.

Pero la infancia espiritual se distingue de la otra por la madurez de juicio, sobrenaturalmente inspirado por el Maestro interior: «No seáis como niños en el uso de la razón; sed, sí, niños en la malicia, pero en la cordura, hombres hechos» (1 Cor., XIV, 20). Además —como hace notar Santa Teresita siguiendo a San Francisco de Sales—, mientras que, en el orden natural, al crecer, el niño debe aprender a bastarse por sí mismo, en el orden de la gracia, los hijos de Dios, al crecer, van comprendiendo, cada vez más, que nunca podrán bastarse a sí mismos, que deben vivir en una docilidad superior a su actividad personal guiada por la prudencia, docilidad que les introducirá finalmente al seno del Padre, «in sinu Patris», por toda la eternidad.

Este camino de la infancia, bien entendido, nos recuerda, pues, la superior sencillez del alma que va derecha a Dios, con pureza de intención. Nos confirma la importancia de la humildad que conduce a pedir la Gracia de Dios, ya que «sin Él nada podemos» en el orden de la salvación.

Al seguir, pues, este camino sentimos nuestra fe más viva, penetrante y sabrosa, ya que Dios se complace en iluminar a los que le escuchan. Nuestra esperanza se hace más y más confiada, tendiendo con certeza hacia la salvación: «certitudinaliter tendit in suum finem» dice Santo Tomás (2.^a 2.^{ae} q. 18, a. 4); nos preserva del desánimo recordándonos que el Señor, precisamente por causa de nuestra flaqueza, vela atentamente por nosotros y quiere socorrer a los que le imploran. Por este camino, la caridad nos lleva con más rapidez a amar a Dios de todo corazón, más que a nuestra perfección personal, a amarle exclusivamente por Sí mismo y para que reine en las almas, vivificándolas y atrayéndolas fuertemente a Sí.

Por último, **los hijos de Dios**, si bien son sencillos con Dios y sus santos, son también, bajo la inspiración

del don del consejo, muy prudentes con los que no merecen confianza. Y si bien son conscientes de su debilidad, son al mismo tiempo muy firmes por el don de fortaleza cuando es preciso perseverar en medio de las mayores dificultades. Recuerdan las palabras de S. Pablo: «cum enim infirmor, tunc potens sum» (II Corintios, XII, 10); cuando me siento débil, entonces soy fuerte, ya que solamente en Dios pongo mi confianza.

Este mensaje, según las palabras de Jesús, es en primer lugar «revelado a los pequeños» (cfr. Luc., X, 21), que de esta manera son invitados a santificarse por la fidelidad a la gracia del momento presente en las cosas más corrientes de la vida y que por la aceptación de los sacrificios cotidianos pueden llegar a la unión constante con Dios. Estos «pequeñuelos», después de haber puesto en práctica este mensaje, son llamados a comunicarlo a los demás, a todos cuantos tienen necesidad de oírlo, a los que no se dan cuenta de su miseria y que recibirían la vida abundantemente si su corazón se abriese para recibirla. El camino de la infancia espiritual nos evita el peligro de este «activismo» tan natural y excesivo que impide la reflexión interior y la plegaria y que no puede producir los frutos sobrenaturales de santificación y de salud.

Las almas que lo comprenden han hallado la perla preciosa de que nos habla el Evangelio; ven que la ver-

dadera vida cristiana es el inicio de la vida eterna, y Dios opera en ellas para reinar más profundamente en las inteligencias y en los corazones.

Que el Espíritu Santo se digne conceder abundantemente sus gracias a cuantos tomen parte más o menos directa en el próximo Congreso y que aspiren a vivir así más íntimamente de la verdad que nos hace libres.

Esto os indicará cuáles son nuestros votos para el éxito sobrenatural de estas reuniones teresianas. Como antiguo peregrino de Lisieux, conservamos muy profundo el recuerdo de las santas impresiones recibidas en la gloriosa tumba de Teresita del Niño Jesús para no dejar de secundar con todas nuestras fuerzas la difusión de un mensaje espiritual, tan oportunamente encargado por el Cielo a la santa Carmelita en una época que tan necesitada se halla del mismo.

Así pues, con el corazón lleno de una dulce confianza, Nos concedemos a todos los miembros del Congreso, empezando por vos, Venerable Hermano, y por los abnegados organizadores de estas fiestas conmemorativas, Nuestra Bendición Apostólica.

Dado en Castel Gandolfo, a 7 de agosto de 1947, noveno año de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.»

(Traducida de «L'Osservatore Romano» del 21-IX-47.)

El Dr. JUAN WU CHIN-HSIUNG

MINISTRO DE CHINA ANTE LA SANTA SEDE

Una gran inteligencia y un gran corazón al servicio de la Iglesia y de la Patria

Sería interesante recorrer las diversas etapas del itinerario que siguió esta alma para llegar a la cima de la verdad. El mismo doctor Wu nos describe en varios artículos la lucha íntima de su alma por la conquista de la verdad, que, bajo el aspecto intelectual, nos trae a la memoria las Confesiones de San Agustín.

Como el joven profesor de Milán, el Abogado chino nos encanta por el candor infantil y el humanismo delicado que respiran todas sus páginas. Las dos almas han sentido parecidas reacciones y fluctuaciones, han sufrido el desasosiego de la duda vecina al escepticismo, la inquietud del corazón lejos de Dios. Los dos neófitos se han lamentado de haber amado demasiado tarde la Verdad, siempre antigua y siempre nueva.

Pero la historia de la conversión del Jurisconsulto chino no presenta el dramatismo apasionante de las Confesiones del joven africano, porque aquí no entran en juego las pasiones violentas, sobre todo el orgullo que hizo a Aurelio Agustín «rechazar la religión de sus padres como se rechazan los cuentos de las viejas»; ni «aquella lucha enorme entablada en su morada interior», donde resonaban las voces de sirena de las vanidades mundanas y las costumbres viciosas: ¿Y nos abandonas para siempre? ¿En adelante no gozaremos de tu presencia?

No, el neófito chino no es víctima de esas voces de sirena, sino más bien de la atmósfera que respira, porque como él mismo nos lo confiesa: «Todo el mundo es más o menos esclavo del medio ambiente; pero yo soy una criatura excepcionalmente sensible».

Y la gracia divina, que lejos de destruir perfecciona la naturaleza, se valdrá de esas disposiciones para transformar su alma delicada. En la crítica del libro del Pearl Buck (abril 1936), «El Des-

tierra», el doctor Wu nos revela las disposiciones de su juventud y nos deja entrever algunas etapas de su evolución religiosa:

«Nadie entiende mejor la psicología de un fanático religioso que yo, por la sencilla razón de que yo he sido uno de ellos. Hace 20 años, cuando me convertí del Confucianismo al Cristianismo (secta de los Bautistas), sentía tal seguridad de mi fe religiosa que cuando era presentado a un nuevo amigo, mi primera pregunta era invariable:

«—¿Me es permitido preguntarle si es usted cristiano?

«Si la respuesta era que sí, sentía y pensaba que había conseguido un compañero más para el Cielo; pero si la respuesta era negativa, se me ocurría que tenía ante mi vista a un hombre para quien el problema de la condenación y, naturalmente, de la condenación eterna, era un caso infinitamente más serio que el anegarse en un río... Y no podía menos de aconsejarle que leyera la Biblia y se convirtiera. Así, durante mi estancia en los estados Unidos, fui un Misionero a mi modo... Pero es el caso que con la llegada de la duda, perdí mi paz para siempre...»

En efecto, pronto descubrió en el Protestantismo la inconsistencia y la confusión de una vaga Teología basada sobre la libre interpretación de la Biblia, una falta inconcebible de certeza y unidad.

Desconcertado, escribía en 1937:

«Para ser un chino de mi generación, hay que ser una persona extraviada. He sido expulsado de un puerto de seguridad después de otro. Uno tras otro han ido cayendo de su pedestal para dar en el fuego todos los ídolos y aun no he encontrado en verdadero bien.»

Este descontento de sí mismo es un alma desorientada, es



«prima salus», la primera gracia saludable, la primera tabla de salvación, el primer paso hacia la conversión; la segunda, es desear la curación y conocer al médico salvador.

Al borde del agnosticismo religioso, la dulce Patrona de las Misiones, fiel a su promesa de bajar a la tierra para hacer amar al Amor, le tendió su mano bienhechora y le salvó para siempre del abismo.

Aquí cedemos la palabra al doctor Wu. La cita es larga, pero los lectores nos agradecerán la hayamos presentado casi íntegra porque en ella todo es oro molido.

«La primera vez que oí nombrar a Santa Teresa de Lisieux fué en casa de un amigo querido, el señor Yuan Kia-Hoang, católico muy celoso, quien me había ofrecido hospedaje durante el invierno de 1937. En primer lugar me sentí impresionado del fervor con que la familia rezaba el Rosario. Un día, teniendo ante mi vista una estampa de Santa Teresa, pregunté a mi huésped:

»—¿Es la Santísima Virgen?

»Y me respondió:

»—Es la florecilla de Jesús.

»—Pero, ¿quién es—repliqué yo—esa Florecilla de Jesús?

»Me miró sorprendido y me dijo:

»—¡Cómo! ¿Aún no conoces a Santa Teresa de Lisieux?

»Entonces me dió un folleto en francés titulado: «Santa Teresa del Niño Jesús», breve biografía de la Santa y antología de sus pensamientos. Tuve el sentimiento indefinido de que aquellos pensamientos expresaban algunas de mis profundas convicciones que entonces abrigaba yo respecto del Cristianismo, y me dije para mis adentros:

»«Si esta Santa representa al Catolicismo, no veo ninguna razón para no hacerme católico.»

»Protestante, tenía la libertad de escoger la interpretación que me parecía más racional, y la de la Santa era la mejor para mí. Por eso me he hecho católico. Cuando confié mi decisión al señor Yuan, poco le faltó para caer de alegría. Es que, lo he sabido de él más tarde, hacía ya diez años que estaba rogando por mi conversión. Dios respondía a sus plegarias en su propia casa.

»Desde mi primer encuentro con la amable Santa, mi amor

a ella no ha cesado de crecer. Ella me enseñó a amar a Jesús, a amar a nuestra Madre la Virgen bendita. Ella convirtió a mi esposa por medio de un milagro.

»Un día, mi hija Teresita cayó en cama. El médico no dijo que tenía una neumonía muy grave y que la curación exigía por lo menos nueve días...

»Después de haber consultado a mi esposa, llamé al P. Maestrini que viniera a bautizar a la niña. Así lo hizo. Poco después, mi mujer tomó a la pequeña en sus brazos y, arrodillada ante Santa Teresa, se puso a orar con sumo fervor. Yo no pude oír sus palabras. Cuando se levantó, le pregunté qué había dicho a la Santa. Y me respondió:

»—¡Oh! Le he dicho sencillamente que era demasiado difícil criar a Lanshien, que no era capaz de ser su madre, y la he rogado que ella sea su madre.

»Al día siguiente volvió el doctor. Tomó la temperatura a Teresita y observó que el termómetro había bajado a más de 100°, siendo así que la víspera había subido a 105°. Entonces el médico auscultó a la enferma y constató que la neumonía había desaparecido. Las únicas palabras que vinieron a mis labios fueron:

»—¡Admirable! ¡Admirable!...

»Mi esposa, gracias a Santa Teresa, fué completamente confirmada en la fe de Jesucristo. En cuanto a mí, no he tenido que hacer más que enseñarle el Catecismo. Nunca he sentido la necesidad de imponer mi fe a mi familia, pero Dios nos ama tanto que se ha dignado hacerse el Dueño de nuestro humilde hogar.»

Así, sin coacción alguna, a no ser la de su ejemplo edificante, el doctor Wu ha conseguido que su esposa y sus trece hijos fueran regenerados con las aguas de la vida y continúen gozando de los frutos de la Redención.

El P. Maestrini añade una observación muy atinada a una frase que atribuye al doctor Wu, pero que en realidad es de otro neófito ilustre, el señor Lucas Yu, amigo suyo íntimo, frase que cae muy bien en sus labios:

«Toda mi vida he estado buscando una madre y al fin la he encontrado en la Iglesia Católica.»

A esto observa el citado Misionero:

«Ha encontrado en ella más que una madre, lo mejor que una madre puede dar: ¡el amor!»

En la escuela de Santa Teresita del Niño Jesús todo discípulo aventajado siente un ardiente amor a las almas. El mundo infiel atraía a Teresa desde su niñez, y si no se alistó en alguna Congregación Misionera fué porque, según testimonio de su hermana Celina, su íntima confidente, «la esperanza de salvar más almas por la mortificación y el sacrificio la decidió a cerrarse en el Carmelo».

Prisionera del Amor en los muros estrechos del Convento, entre las paredes más angostas aún de su celda, dilata su corazón al infinito y abraza en su amor todo el mundo, todas las almas hasta hacerse —en frase feliz del Pontífice reinante— «el templo de una humanidad conquistada por ella».

Por lo tanto, nada extraña que el doctor Wu, quien en sus fervores de neófito protestante se sentía con el celo de un misionero, a la luz de las enseñanzas de su Santa Maestra, aprovechara en amor a las almas, en el noble afán de conquistar para el Amor no sólo al extendido círculo de parientes y amigos, sino también las almas sedientas de la verdad y de la belleza moral que, por la gracia del Señor, no faltan en la Celeste República.

Pronto se le presentó ocasión para hacer pública profesión de fe y rendir un homenaje solemne de gratitud y admiración a su Celestial Bienhechora. A petición de un colega, redactó para la Revista «T'ien-Shia» un artículo titulado: «La ciencia del Amor. Estudio sobre el Mensaje de Santa Teresa de Lisieux».

En esas páginas de una belleza incomparable, el autor se revela tal cual es, nos comunica los tesoros de su alma y nos conquista por su sinceridad, por el análisis sutil de la fisonomía moral de la Santa carmelita y por la interpretación impresionante que nos da de la vida de amor propia del Catolicismo. Baste un ejemplo en confirmación de lo dicho. He aquí el comentario tan original y sugestivo que hace de la frase de Santa Teresa. «Jesús lo hace todo. Yo no hago nada»:

«Sin duda Lao-tsu hubiera dicho: «El Tao (el Verbo) lo hace todo: yo no hago nada». Pero su Tao es una entidad tan impersonal que me parece frío como el hielo; mientras que Jesús es una llama de amor tan viva que regocija todas las fibras de mi corazón. Para juzgar bajo el punto de vista chino, yo diría que la gran señal del Cristianismo es que une el profundo misticismo de Lao-tsu con el ardiente humanismo de Confucio.

»Difiere del Taoísmo en que su Verbo está revestido de carne con un corazón ardiente y que bate. Difiere del Confucianismo en que ese Verbo y no otro ha obrado esa maravilla. Confucio ha dicho: «El que ha ofendido a Dios ruega en vano». Y Lao-tsu: «¿Por qué

los antiguos rogaban al Tao? ¿No es porque por él el que busca encuentra y el culpable alcanza misericordia?».

»Para los confucionistas, Dios es personal, pero estrecho; mientras que para los taoístas, es ancho, pero impersonal. A mi humilde juicio, Dios es más que una persona y eso es precisamente lo que le ha permitido hacerse hombre. Los que le rehusan la personalidad no atribuyéndosela sino a ellos, me parece que se levantan por encima de Él. Si sólo el Cristianismo satisface mi razón es porque me presenta a un Dios ancho y personal a la par. Y Teresa ha confirmado mi fe religiosa por su alma etérea, desprendida como la de Lao-tsu, por su corazón tierno, humano como el de Confucio.»

Juan Antonio Eguren, S. I.

Extractado de «El Siglo de las Misiones» enero 1947

El camino del amor

PENSAMIENTOS SOBRE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Nos honramos publicando en este número dedicado a Sta. Teresita del Niño Jesús, un artículo sobre la Santa de Lisieux escrito especialmente para *Cristiandad* por la ilustre personalidad china de quien se hace la semblanza en el artículo anterior

Hace más de diez años escribió Monseñor Benito Williamson: «¿Cuál es el secreto de la influencia mundial de Santa Teresita del Niño Jesús, de aquel apostolado que abarca todas las tierras, todos los climas, todos los pueblos, todas las razas, todas las clases y todos los estados? ¿Un apostolado que no solamente alcanza a los hijos de la Iglesia, sino que llega más allá y ejerce la influencia más sorprendente sobre los cisnáticos, protestantes, judíos y mahometanos?» Recientemente, un notable autor indio, J. P. de Fonseca, en una crítica de mi folleto «La Ciencia del Amor» hacía notar «el hecho feliz de que Santa Teresita del Niño Jesús resulta familiar en todas partes, tanto en Chungking, como en Hongkong, en Trivandrum o en el barrio indio de Colombo».

¿Qué explicación tiene esto? La explicación completa sólo en el cielo la conoceremos, pues nadie puede penetrar en los misterios de la Providencia de Dios, pero, hablando en lenguaje humano, creo que este triunfo del Amor se debe parcialmente a la colaboración de los Carmelitas anteriores y posteriores a Santa Teresita. Sobre este particular el traductor inglés de su «Historia de un Alma», el Canónigo T. N. Taylor, ha hecho una observación muy justa. «Es muy notable», dice, «que nuestra Carmelita de Lisieux haya sido la primera hija de Santa Teresa en recibir los honores de la canonización. Alguien ha dicho que el Santo de Asís sembró la simiente que San Benito había recogido en sus graneros. ¿No puede decirse también que las rosas de Santa Teresita del Niño Jesús, que endulzan tantas vidas, han sido cogidas en parte en los antiguos y perfumados jardines del Carmelo?»

Intrínsecamente, el triunfo parece ser debido, sobre todo, a su extrema docilidad en seguir las inspiraciones del Espíritu Santo. Ella es el Arpa de Dios. Ella deja a Jesús que toque esta arpa y cuando El la toca le acompaña ella con su voz. Usando sus palabras: «Cuando la música es triste cantará las canciones del destierro; cuando la música es alegre entonará jubilosamente las armonías angélicas». (*She will lilt the airs of her heavenly home.* Traducción literal: Cantará alegremente los aires de su casa celestial.) (En una carta a Celina.) Es, pues, exactamente lo contrario de los escribas y fariseos a los cuales Jesús apostrofó

diciendo: «He tocado y no habéis bailado; me he lamentado y no os habéis entristecido». Con Santa Teresita ocurre todo lo contrario. Cuando El toca ella baila y cuando El se lamenta ella se entristece. Al ser perfectamente dócil al Espíritu Santo se une a Jesús. Hay actividad en su pasividad y pasividad en su actividad. En su persona se refunden María y Marta; representa, al superarlos, una síntesis viviente del espíritu del Oriente y del Occidente.

En su reciente libro «Una Infinitud de Cuestiones», C. J. Eustace llama la atención sobre la influencia que Santa Teresita puede tener en el futuro de la civilización humana. Dice:

«En la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús se encuentra una combinación de la sabiduría del Occidente y de la del Oriente. Encontramos en su vida la primacía de la vida contemplativa sobre la vida activa, lo que constituye la esencia de la doctrina de la Iglesia. Al mismo tiempo, encontramos el puntilloso cumplimiento de los deberes y responsabilidades del apostolado, la verdadera actividad cristiana, que mana de la fuente de la contemplación, lo cual es la esencia de las enseñanzas del Catolicismo occidental. Así, pues, ella encuentra el justo medio entre el excesivo predominio de la razón y del espíritu científico del Occidente, que da nacimiento a un crudo espíritu revolucionario y a un progresismo que en esencia no es nada cristiano sino antropocéntrico, y la exagerada pasividad del Oriente, que desprecia los valores de la vida terrena y acaba en la desesperación, o en el pseudo-misticismo del Budismo y del Hinduismo.»

¡Si el Oriente y el Occidente han de desposarse en Jesucristo, Santa Teresita habrá de ser la que los una!

Por lo que a mí se refiere, tengo que decir que mi devoción por Santa Teresita no ha hecho sino crecer con el transcurso del tiempo. Esto se debe a que cuanto más he estudiado su vida y sus pensamientos, más se han ido abriendo mis ojos para contemplar la infinita misericordia y sabiduría de Dios. Ella no vive para sí misma, sino para Jesucristo. Ha aumentado mi fe en Jesucristo al probar sin el menor asomo de duda que hasta la última palabra de

Jesucristo se ve confirmada por la realidad. Tomemos, por ejemplo, las palabras de Jesús cuando dijo: «El que cree en Mí, como dice la Escritura, de sus entrañas manarán ríos de agua viva». Cuando leo las obras de los Santos como Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena y San Juan de la Cruz, me acuerdo de estas palabras de Cristo y me digo a mí mismo: «¡En verdad, en verdad, el Señor no nos ha engañado!». Pero esto me pasa más particularmente cuando leo las obras de Santa Teresita. Pues murió siendo joven y no tuvo grandes estudios y se encuentra, sin embargo, en ella una madurez de juicio que no puede explicarse por razones puramente naturales. Cuando era Maestra de Novicias, se mostraban éstas extrañadas con ella, lo mismo que le pasó a Jesús con sus paisanos. Muchas veces le decían: «Tenéis respuesta para todo; verdaderamente creíamos que esta vez os dejaríamos perpleja. ¿De dónde sacáis todas vuestras enseñanzas?». Podía haberles contestado: «De mis entrañas». A veces no puedo menos que pensar que conocía la mente de Jesús aun más íntimamente que los apóstoles de Su tiempo. De hecho Jesús mismo fué su Maestro. Esta es la razón de que, como muy bien dice Monseñor Williamson: «Su doctrina tiene la doble cualidad que encontramos en todas las obras de Dios, profundidad y simplicidad; es tan profunda que aun los más sabios no pueden llegar hasta el fondo, tan sencilla que aun el alma más humilde puede alcanzarla». ¿Quién no puede entender el Sermón de la Montaña? Y sin embargo, ¿quién puede alcanzar toda su profundidad? Lo mismo es cierto de las enseñanzas de Santa Teresita, porque Jesús es el que habla por su boca.

Pienso muchas veces que el Camino del Amor de Santa Teresita es el de las Bienaventuranzas. Ella es *pobre de espíritu*: «Mi alegría consiste en estar privada de toda alegría aquí en la tierra». Ella es *mansa*: «Cuando sufro mucho, cuando me ocurren cosas penosas y desagradables, en vez de ponerme triste, las recibo con una sonrisa». Ella *llora* por los pecadores y por sus propias faltas, ¡y cómo Jesús la conforta! Un día que había cometido una pequeña falta, escribió a su hermana Paulina una carta muy tierna que empezaba: «Acabo de llorar lágrimas de arrepentimiento, pero más todavía de agradecimiento y amor». Ella *padece hambre y sed de justicia*: «Abre, Jesús el Libro de la Vida, en el cual están escritos los hechos de todos Tus Santos. Cada uno de estos actos, en verdad deseo yo hacerlo por Ti». «Yo quisiera recorrer el mundo para predicar Tu nombre, ¡oh Mi Amado!, y levantar en suelo pagano el glorioso estandarte de la Cruz.» ¡Y cómo su Amado ha ido cumpliendo sus grandes deseos! Que ella es *misericordiosa* es demasiado sabido para que haya de aducirse prueba alguna. La lluvia de rosas no ha cesado ni cesará hasta el fin del mundo. De hecho había empezado ya cuando era aún una niña, con la conversión del notorio criminal Pranzini. ¡Cómo Jesús atendió sus ruegos aun en los más nimios detalles!

Ella es *limpia de corazón*, como puede verse por la perfecta sinceridad de sus relaciones con Jesús. «¡Oh Jesús mío!, yo Te amo. Yo amo a mi madre la Iglesia y no olvido que «el menor acto de amor puro es de más valor que todas las demás obras juntas». ¿Pero existe verdaderamente el puro amor en mi corazón? ¿No son mis ilimi-

tados deseos meros sueños, mera locura? Si así fuese, yo te ruego, Señor, que me ilumines, pues Tú sabes que busco sólo la verdad.»

Ella es *pacífica* en toda la extensión de la palabra. En primer lugar está en paz consigo misma tanto en los tiempos de alegría como en los de tristeza. En segundo lugar, está en paz con los demás y procura pacificarlos entre sí. Pero, lo más importante de todo, ayuda a Jesús a poner paz entre Dios y el hombre. Yo conozco a un hijo *pródigo* que volvió al hogar paterno al leer y meditar estas palabras maternas de Santa Teresita:

«No es tan sólo porque he sido preservada del pecado mortal por lo que levanto mi corazón a Dios con amor y confianza. Estoy segura de que aunque tuviera sobre mí conciencia todos los crímenes imaginables, no perdería nada de mi confianza, sino que me arrojaría con el corazón transido de dolor en los brazos de mi Salvador. Recuerdo su amor por el hijo pródigo, he oído las palabras que dirigió a Santa María Magdalena, a la mujer adúltera y a la samaritana. No, nadie podrá hacerme temer, porque sé demasiado bien lo que he de pensar de su misericordia y de su amor y sé que toda la muchedumbre de los pecados desaparecería en un abrir y cerrar de ojos como una gota de agua en un brasero candente.»

En cuanto a la octava bienaventuranza, fué ciertamente víctima de críticas muy acerbas aun durante su vida. En una carta a Celina escribía:

«Los apóstoles murmuraban contra la Magdalena. Esto todavía nos ocurre a nosotros. Aun algunos de los más fervientes cristianos creen que nuestros modos son exagerados, que tendríamos que ayudar a Marta a servir a Jesús en lugar de consagrarle a Él los vasos de nuestras vidas con sus aromas y, sin embargo, ¡qué importa que estos vasos se rompan con tal de que el Señor reciba de ellos consolación y que el mundo, a pesar suyo, se vea obligado a aspirar el perfume que exhalan! ¡Oh, cuán necesarios son estos perfumes para purificar el ambiente mefítico que en el mundo se respira!»

Aun hoy, después de que ha hecho tanto bien al género humano, espíritus superficiales y mundanos preguntan todavía: «¿A qué viene dar tanta importancia a una simple monja que no hizo nada extraordinario en toda su vida?» Me siento inclinado a contestarles lo que el ciego recién curado dijo a los fariseos: «¡Pues bien, ahí tenéis una cosa muy digna de admiración, y es que la tengáis por una mujer vulgar, siendo así que es ella la que ha abierto mis ojos!»

Con sus enseñanzas y su ejemplo resumió prácticamente todas las bienaventuranzas en una: *Bienaventurados los que aman, porque ellos serán amados*. A semejanza de lo que pasa con la Madre de Dios, serán amados de Dios y de todos los hombres de buena voluntad. Verdaderamente, como Santa Teresita dice: «Nunca podemos tener demasiada confianza en nuestro Dios, que es tan poderoso y tan misericordioso. Como fuere nuestra esperanza en Él, así serán los dones que de Él recibiremos.»

Juan C. H. Wu

Ministro de China cerca de la Santa Sede





A fines de septiembre, al referirle un día la conversación del recreo, sobre la responsabilidad de los que tienen cura de almas, se reanimó un momento y pronunció estas bellas palabras:

—¡Los pequeños serán juzgados con extremada dulzura! Y es posible conservarse pequeño incluso en los cargos más temibles. Dice la Escritura que en el último día el Señor se levantará para salvar a todos los dulces y humildes de la tierra. ¡No dice para «juzgar» sino para «salvar»!

Sin embargo el dolor crecía cada vez más. La debilidad llegó tan al extremo, que muy pronto la santa enferma no pudo hacer sin ayuda el más ligero movimiento. Oír hablar a su alrededor, incluso en voz baja, era para ella una penosa molestia; la fiebre y la opresión no le permitían articular una sola palabra sin sentir la mayor fatiga. Sin embargo, aun en este estado, la sonrisa no se apartó de sus labios. ¿Cruzaba su frente un signo de pena? Era el temor de dar a sus hermanas un aumento de cansancio. Hasta la antevíspera de su muerte quiso permanecer sola durante la noche; sin embargo, a pesar de su insistencia, su enfermería iba a verla con frecuencia. En una de estas visitas, la encontró con las manos juntas y los ojos levantados hacia el cielo.

—¿Qué hace Vd. así?—le preguntó—; tendría que probar de dormir.

—No puedo, hermana: ¡sufro demasiado! Entonces rezo...

—¿Y qué le dice Vd. a Jesús?

—No le digo nada; *le amo*.

«Fille mystérieuse»

«Je voudrais accomplir toutes les œuvres les plus héroïques...»

«Être votre épouse, o Jesús!, être carmelite, être, par mon union avec vous, la mère des âmes, tout cela devrait me suffire. Cependant, je sens en moi d'autres vocations: je me sens la vocation de guerrier, de prêtre, d'apôtre, de docteur, de martyr... Je voudrais accomplir toutes les œuvres les plus héroïques, je me sens le courage d'un croisé, je voudrais mourir sur un champ de bataille pour la défense de l'Eglise!»

En la exultante explosión de sus sentimientos, al coronar su propia autobiografía, en las últimas páginas de l'«Histoire d'une Ame», escritas éstas a petición de su hermana mayor y predilecta, María — Soeur Marie du Sacré Coeur —, su «chère petite Marraine», estalla aquel conflicto interior que de sí misma nos refiere Santa Teresa del Niño Jesús. Incomprensible para nuestros espíritus egoístas y obtusos; agudísimo motivo de tormento para aquella alma sincera y apasionada, sensible al torbellino de ideales y de vocaciones casi contradictorias y siempre físicamente incompatibles..., locura a los ojos del mundo, pero sabiduría y lógica a los de Dios.

Conflicto de la convergencia y de la simultaneidad de todas las vocaciones. sin poder corresponder a cada una de ellas.

Y conflicto, como hemos dicho, auténtico. No se trataba aquí de una veleidad piadosa, más o menos histérica. Se trataba de un problema de amor, de aquel mismo amor que mueve el sol y los astros, y que mueve, asimismo, las almas. Amor supremo, que sentía todas las exigencias, que requería todos los sacrificios. Y conflicto tanto más profundo cuanto era fruto, asimismo, de la propia Gracia. «La vida unitiva, o la unión casi continua del alma santificada con Dios, es la imagen terrena, la más perfecta de la Trinidad, enseña la Teología. Soberana fecundidad espiritual y perfecta intimidad. En esta alma, Dios Padre se halla presente con su Verbo y con el Espíritu de Amor; en la oscuridad de la Fe, el alma sobrenaturalizada queda, por el Espíritu Santo, configurada al Verbo, esplendor del Padre; ella entra así dentro del ciclo de la Trinidad Santa, perteneciendo a la familia de Dios antes de gozar de Él, definitivamente, en la gloria de la visión» (1). Configurada Santa Teresita al Verbo, configurada a su Jesús, en el que convergen y se funden todas las vocaciones, todos los estados, que es Sacerdote, y Profeta, y Mártir, y Vencedor, y Misionero, y Padre..., configurada, por lo tanto, a su divina Madre. María, perfecta Mujer, Virginitad fecunda, la imperiosa llamada de todas estas misiones habían de constituir un desolador tormento para aquella alma de selección.

Y este conflicto fué extraordinariamente fecundo, porque de él derivó la magistral enseñanza del pequeño y espiritual camino que constituye la herencia de la que fué, a la vez, «pequeña» y grande Santa. A él, CRISTIANDAD (2) se ha referido en otra ocasión, encomendáda la empresa a pluma exquisita. A él se habrá de referir no pocas veces..., porque en él encontrará siempre inagotable pasto, en él hallará la fuente auténtica del espíritu que la anima y del que humildemente pide ser informada...

«La réponse était claire...»

¿Cómo armonizar, en efecto, esta lucha interna de todas las vocaciones? «Avec quel amour, o Jesús, je vous porterais dans mes mains lorsque ma voix vous ferait descendre du ciel! Avec quel amour je vous donnerais aux âmes!» Es la llamada sacerdotal. Más he aquí que, al propio tiempo, la Santa, humilde por excelencia, gusta de aquella otra humildad, la de un San Francisco de Asís, rehusando, por sentirse indigno, el sacerdocio... Quisiera luego ser profetisa, y doctora, y misionera; esto último de una manera especialísima. Cuyo ideal converge con este otro, acariciado por encima de todas las cosas, el martirio... Quisiera compartir la suerte de aquellos Santos que lo sufrieron, gustar de cada uno de sus suplicios..., en especial se siente atraída hacia aquellos que estarán reservados, como patrimonio, a los futuros contemporáneos del Anticristo, cuya ira, cuya persecución parece envidiar, ya que quisiera sufrir en su persona el gran embate y la furia del que ha de ser el mayor de los enemigos de Cristo...

¡Oh, Teresita! Obtén para nosotros, para nuestra revista, un poco de esta tu sublime inquietud. Dentro de nuestra humildad, naturalmente hablando, nuestro carácter de revista puede, en

cierto modo, facilitarnos el devenir reflejo de todas estas tus vocaciones. La imprenta ofrece esta universalidad que no puede ser alcanzada por la humana persona, en el espacio y en el tiempo tan limitada. Nuestras páginas, informadas por tu espíritu, pueden ser, dentro de su modestia, eco del sacerdocio, y del misionero, y del doctor, del cruzado sobre todo. Quizá, algún día, incluso de martirios... ¡Oh, Teresita!, danos tus anhelos, obtén para nosotros gracia para seguirlos y temporal acierto para expresarlos siendo fieles al que es nuestro lema: «Clama, ne cesses», lema que fué de aquel colosal Profeta que tú admirabas, «dont le regard inspiré plongeait déjà dans les profondeurs éternelles...».

¿Cómo armonizar todas aquellas vocaciones, al parecer río impetuoso y contradictorio? Sigamos a la misma Santa. Ella nos refiere el curso de su crisis. Para «hallar algún remedio», abrió, un día, las Cartas de San Pablo. «Les chapitres XII et XIII de la 1.^e Epître aux Corinthiens tombèrent sous mes yeux.» En los escritos del Apóstol de las Gentes hallaba, la que había de ser «la estrella del Pontificado», trascendental, de Pío XI, la que en su tiempo había de «llenar la Casa de Dios», la luz y la solución a sus problemas. Y quizá, al converger ahora la Gracia — aquí en forma de humildad sobrenatural —, con la naturaleza — que aquí sería la sensibilidad exquisita y sanamente femenina de la Santa —, la haría fijarse especialmente en las páginas de una epístola en que en forma tan significativa campea la desconfianza del Apóstol hacia todos los remedios humanos. Desconfianza compensada por su esperanza, cada vez mayor, si cabe, en los divinos. Cuando escribe a los corintios, en tantos aspectos sus predilectos, con el familiar estilo y abandono que le permite el dirigirse a sus mejores íntimos, se halla sufriendo el gran Gigante de la Cristiandad naciente, en un momento de crisis, sus mayores fatigas. Lo hace desde Efeso, donde le afligen las persecuciones todas, las incomprensiones, las celadas, alimentadas por la perfidia judaica. Parece ya prever aquella tremenda sedición que, bajo el signo de Artemisa, le hará huir — mas no para hallar descanso — de la ciudad jonia, emporio del arte y de la elegancia helenizantes, precisamente después de haber obtenido el más espectacular de los triunfos. «En Macedonia — dirá después de llegar a Filippos, en la segunda carta, como expresando que es sin solución de continuidad que le llegan continuados trabajos —, nuestra carne no tuvo un momento de reposo, y hemos sido afligidos de todas las maneras: fuera, luchas; dentro, temores (II Cor., VII, 5).»

Gran paulina, esperaba hallar en las epístolas la luz para sus problemas. Mas la que recibió primero, si bien pudo orientarla, no pudo, en cambio, satisfacerla. ¿Osaríamos decir que casi la hirió? «J'y lus que tous ne peuvent être à la fois apôtres, prophètes, et docteurs, que l'Eglise est composée de différents membres, et que l'oeuil ne saurait être en même temps la main...» La enseñanza apostólica era formal, y por ello mismo podía dejar legítimamente satisfecha a alma de menor entidad y arrestos.

Ella lo reconoce así. «La réponse était claire...» Pero añade: «Mais elle ne comblait pas mes vœux.» Y con santa audacia se enfrenta con el mismo San Pablo, apenas resignada ante su autoridad, amparada siempre en su suprema excusa, su título infantil... ¿Iba, quizá, a verse, a sentirse defraudada precisamente en la epístola en que se diseñan genialmente los divinos rasgos del Cuerpo Místico, que de un modo especial parecían venirle inspirados al Apóstol cuando escribía desde Efeso o para Efeso, quizá tal vez, si es cierta la piadosa tradición, debido a ser ésta la ciudad donde moró en el resto de sus mortales días la Virgen María Madre de Dios? Cerca de Ella debió el Apóstol que fué maestro de Lucas, el Evangelista mariano, comprender mejor el sublime misterio de la Cabeza y de sus miembros, de la verdadera viña y de sus sarmientos, del olivo con sus ramas, el Misterio de Jesús, esposo, con la Iglesia, esposa, que a través de la historia ha sido siempre especialmente gustado en los momentos en que la Barca del Pescador se ha visto mayormente agitada, cuales han sido los años presentes. ¿Iba Teresita, que tan bien había acertado a dar con el Sagrado Texto, a sentirse insatisfecha del mismo? ¿Iba a sucederle esto a la hija e imitadora de María? No. No era posible. En aquellas mismas páginas era donde había de hallar la solución. Y siguió buscándola, poniendo en ello aquel anhelo perpetuo que perfuma toda su vida, cuando, en la noche de la Fe, sabe «esperar contra toda esperanza», un poco como la Cananea, aportando, sin cejar, su invencible constancia... Ella explicará algo de esto más tarde, cuando nos dice comprender el porqué del tono, aparentemente duro, con que Jesús Niño contesta a su Madre en el templo; cuando, con humildad profunda, no se desanima ante la respuesta, exteriormente fría y aun desdenosa, que parecía haber de herir a la Cananea antes citada..., ella lo expresa, cuando, con infantil queja, llena de ternura inmensa, le dice a María...

(1) Carrigou-Lagrange. II parte. 53°. La vie intime de Dieu.

(2) V. CRISTIANDAD, M. A. López, núm. 13, de 1 octubre 1944.

*Tout ce qu'il m'a donné, Jésus peut le reprendre,
Dis-lui de ne jamais se gêner avec moi;
Il peut bien se cacher, je consens à l'attendre
Jusqu'au jour sans couchant où s'éteindra ma foi (3).*

«Je serai l'amour!»

Como sucedió con aquella pobre mujer del Evangelio, Jesús fué vencido también por esta nueva humildad, por esta nueva confianza, ambas tan grandes. Y le fué dada, a nuestra Santa, satisfacción a sus anhelos. «¡Oh, mujer, grande es tu fe!» Fué escuchada al fin.

¡Oh, Teresita!, haz que también un día, estas mismas páginas que hoy te honran, hallen este secreto, esta misma clave que tú descubriste con tu constancia y con tu esfuerzo. Que comprendan el inmenso misterio que encierra la soberana manifestación de tu contento, al hallar la solución. La solución: «Je serai l'amour!»

«Considérant le corps mystique de la sainte Eglise... la Charité me donna le clef de ma vocation. Je compris que, si l'Eglise avait un corps composé de différents membres, le plus nécessaire, le plus noble de tous les organes ne lui manquerait pas; je compris qu'elle avait un cœur, et que ce cœur était brûlant d'amour; je compris que l'amour seul faisait agir ses membres, que si l'amour venait à s'éteindre, les apôtres n'annonceraient plus l'Évangile, les martyrs refuseraient de verser leur sang. Je compris que l'amour renfermait toutes les vocations, parce qu'il est éternel!»

«Alors, dans l'excès de ma joie délirante, je me suis écriée: «O Jésus, mon amour!, ma vocation, enfin, je l'ai trouvée!, ma vocation, c'est l'amour!... dans le cœur de l'Eglise, ma Mère, je serai l'amour!»

Y excusa seguidamente tan aparente temeridad con aquel su eterno escudo: su título infantil... Ella no pide otra cosa que amar. Sabe bien que esto, en definitiva, es lo esencial: es el motor. Lo demás, ¿qué importa? Ella no se busca a sí. Las obras grandes le son, por así decirlo, inaccesibles; mas, ¿ello qué hace? No aspira al triunfo personal. Ni tan sólo necesita verlo; ni aun, siquiera, presentirlo... «Mes frères travaillent à ma place...» ¡Oh, Teresita! Ellos serán tus triunfos, tu propia gloria, porque tú te has mantenido cerca del trono Real, rogando y amando por ellos, por los que combaten. No en vano sientes, entre tus misiones, la de Moisés, elevando sus brazos sobre la montaña. Haznos ahora sentir, a nosotros, en este siglo que va tan afanoso tras el triunfo inmediato, que sólo cotiza el éxito tangible como moneda temporal y aun espiritual incluso, la verdad profunda que encierra el sacrificio ignoto e incorrespondido, aquel sacrificio que, tan a menudo, llega a enfriar la propia muerte. Que le cubre, real, pero también a la vez aparentemente, el polvo, y que la actual noche hace aparecer estéril, pero que en un mañana luminoso habremos de ver que no habrá resultado así. Ya en sus primeros tiempos de publicación sintió nuestra revista esto, que tiene algo de sublime estremecimiento, cuando se hacía eco del himno sacerdotal de Costa y Llobera, ante la Catacumba romana, la gran víctima, la gran derrotada, pero también, en verdad, la grande y definitiva triunfante:

*¡El asperón volcánico
la muerte, aquí profunda,
semebraba, y la necrópolis
sentíase fecunda
con los sagrados gérmenes
de inmenso porvenir! (4).*

Allí, en la sombría catacumba, unos huesos fríos, cubiertos de polvo, atestiguan un amor... que fué motor que produjo la mayor de las revoluciones y la salvación de la humanidad toda. Y por ello, gracias a aquellos mismos huesos y a aquel polvo, es que aun hoy, en medio de tantos vaivenes y de terremotos, que hasta hace poco eran políticos o sociales, pero que hoy ya son cósmicos, provocados por la locura humana, se levanta la fábrica inmensa de San Pedro de Roma como testimonio de la fecundidad de aquel «grano que se lanza», y que «palpita deshaciéndose su fruto al presentir...».

Mas la infantil audacia de la Santa sabe testimoniar también su amor en otra forma... ¿Cómo lo hará ella, cómo patentizará su amor, si incluso la gracia del martirio físico y visible le era negada? Mas la solución la encuentra, y nos la da ella misma: «... Le petit enfant jettera des fleurs!» Echará flores, flores místicas, no siempre como las que ve el mundo, brillantes y perfumadas como las que también quisieran las almas superficiales... «O mon Jésus!, je vous aime!, j'aime l'Eglise, ma Mère, je me souviens que le plus petit mouvement de pur amour vous est plus utile que les autres oeuvres réunies ensemble!» Ella ha encontrado su plaza: la plaza universal. Ella lo será, ya, desde este momento, todo, porque se halla en su centro vital, en el corazón.

(3) «Pourquoi je t'aime, oh Marie!»

(4) V. CRISTIANDAD, núm. 3, de 1 de mayo de 1944.

**«Point sur la terre de fécondité sans souffrances»
«No hay fecundidad sin sufrimiento»**

¡Oh, Teresita! ¿Cómo podríamos nosotros, desde estas páginas, aprender la lección genial de tu camino? ¿Cómo podríamos, de un modo específico, apropiárnoslo para que marcara un rumbo para esta que debe ser tu revista, y que quiere, en tu escuela, aprovecharse de tu dirección y de tu espíritu?

Sigamos esta lección. Ella anuncia un camino que, como la parábola evangélica, ante la abstención de los que hubieran debido ser los escogidos, abre, por el contrario, las puertas de par en par a todos los pobres, a los lisiados, a los que sufren, a todos los que lloran... Camino ya desbrozado. Pero no por ello camino que hayamos de creer que, en su apertura, haya escapado a la ley común: la pena del trabajo impuesta a aquellos que hubieran de desbrozarlo. Que éste es el sello de autenticidad que aureola la figura, heroica y grande, de Santa Teresa del Niño Jesús, tan a menudo presentada sobre frívolo telón de flores y dulzonería. No. No es así. El camino florido y dulce queda para sus seguidores, que no han de sentir ya en sus carnes los abrojos. Sello éste que confirma la misión sobrenatural de la Santa, como se nos recuerda, en boca de Dom Géranger, muy oportunamente, en su misma historia: «No se crea exista, sobre la tierra, fecundidad sin sufrimientos, sufrimientos físicos, angustias privadas, pruebas conocidas de Dios o de los hombres. Cuando la lectura de la vida de los santos hace germinar en nosotros los mejores pensamientos y las resoluciones más generosas, no debemos limitarnos, como hacemos con los libros profanos, a tributar nuestra admiración al genio de sus autores, sino, mejor, a pensar en el precio a que, sin duda ninguna, han pagado por el bien sobrenatural producido por ellos en cada uno de nosotros.» «Y si hoy la «Petite grande sainte» opera en los corazones transformaciones maravillosas, si el bien que hace sobre la tierra es inmenso, se puede creer, en verdad toda, que ella lo ha pagado al mismo precio con el que Jesús ha rescatado nuestras almas: el sufrimiento y la cruz.» Ella misma afirma esta su trascendental responsabilidad, casi sin darse cuenta, cuando reconoce que el Señor ha tenido con ella gran confianza, dejándola como sola, al parecer, ante tamañas pruebas... cuando repite, con un gran santo, aquella sentencia: «Que el mayor honor que Dios puede conceder a un alma no es darle mucho, sino pedirle mucho.»

«Fille mystérieuse»

Corrían los años de la guerra española. Entre los ecos que nos llegaban de la incomprensión de fuera, figuraba, notablemente, los de una obra casi sectaria, poco más que un panfleto, debido a un escritor francés que se llamaba católico. «Les cimetières au clair de lune.» Más de una vez, seguramente, George Bernanos, en las angustias del lustro trágico que ha vivido, luego. Francia, habrá considerado mejor el reflejo de la luz lunar sobre las tumbas blancas... Mas, entre aquellas sus tristes páginas, amargamente profundas a veces, descollaba, en cierto lugar, esta clasificación extraña, pero aplicada certeramente a la Virgen de Lisieux: «Fille Mystérieuse...»

¿Social y privadamente, en efecto, no abundan los misterios en su extraordinaria misión? Hija de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, sumida en las noches del sentido y del espíritu, ¿no es por ello mismo la mejor maestra, la más idónea en la noche tremenda en que está sumido el mundo? Mucho puede decirnos ella de la subida, áspera, al Monte. Lejos está aún el momento de exclamar el «Gocémonos, Amado, y vámonos a ver en tu hermosura». Fiel discípula de los grandes místicos y ascetas, interpreta magistralmente cual sea el más seguro camino para llegar a las cimas que su alma anhela. Y en esta interpretación, ¿no adivinaríamos también hoy una repercusión social que nos interesa recoger — como luego vamos a hacer — en estas páginas?

La misma Santa, que en el ya citado — al comienzo del actual trabajo — capítulo XI, coronación sublime de su autobiografía, llega a las alturas que vamos a admirar, sabe bien cual sea la ruta segura que le tiene marcado el Amado, ruta que parece más que nunca propia para el actual siglo, que a lo candente de las persecuciones y de los cataclismos une, a menudo, el hielo, mil veces peor, de la indiferencia... al monte de la Santa se asciende por húmedo y costoso subterráneo, donde no es posible, tan sólo, adivinar el fulgor de las estrellas, y donde no hace frío, ni siquiera calor... «Et notre Seigneur — escribe a su hermana Paulina, Mère Agnès de Jesús — me prit par la main et me fit entrer dans un souterrain où il ne fait ni froid ni chaud, où le soleil ne luit pas, où la pluie et le vent n'ont pas d'accès; un souterrain où je ne vois rien qu'une clarté à demi voilée, la clarté que répandent autour d'eux les yeux baissés de la Face de Jésus.»

Los ojos bajos de Jesús... Nuestro Salvador así adopta, hoy, esta forma de guiarnos, con los ojos bajos, actitud que escogió en momentos significativos de su Pasión, actitud que prefiere otra vez ahora, ante la posición, especialmente frívola y apóstata, del siglo en que vivimos... la «fille mystérieuse», que durante este mismo siglo había de llenar la Mansión de Dios, sabía bien que sería el tiempo de noche tremenda y dura, en la que no cabría más luz que ésta... la de los ojos bajos de la faz de Cristo... Es

siempre, en el fondo, aquella aguda comprensión del misterio grande, del Templo...

*Maintenant, je comprends le mystère du Temple,
La réponse, le ton de mon aimable Roi:
Mère, ce doux Enfant veut que tu sois l'exemple
De l'âme qui le cherche en la nuit de la foi...
Puisque le Roi des Cieux a voulu que sa Mère
Fût soumise à la nuit, à l'angoisse du Coeur,
Alors, c'est donc un bien de souffrir sur la terre?
Oui!, souffrir en aimant, c'est le plus pur bonheur!*

«Fille mystérieuse», en el capítulo XII de su biografía — el que ya no es escrito materialmente por ella misma — se leen estas líneas: «Dans le courant du mois d'août, elle resta plusieurs jours comme hors d'elle même, nous conjurant de faire prier pour elle. Jamais nous ne l'avions vue ainsi. Dans cet état d'angoisse inexprimable, nous l'entendions répéter: «Oh! comme il faut prier pour les agonisants! si l'on savait!...». Une nuit, elle supplia l'infirmière de jeter de l'eau bénite sur son lit disant: «Le démon est autour de moi; je ne le vois pas, mais je le sens... Et je ne puis pas prier! Je puis seulement regarder la Sainte Vierge et dire: Jésus! Combien elle est nécessaire la prière des Complices: «*Procul recedant somnia, et noctium phantasmata!*» Delivrez-nous des phantômes de la nuit!... J'éprouve quelque chose des mystérieux, je ne souffre pas pour moi, mais pour une autre âme... et le démon ne veut pas...».

Realmente, precisa repetir con Dom Géranger: «... mas aun pensar en el precio a que, sin duda ninguna, se ha pagado el bien sobrenatural producido en cada uno de nosotros».

«Fixant jusqu'à la mort mon divin soleil...»

Pero, a pesar de todo, el negro subterráneo, sin otra luz que aquella débil claridad, conduce, con seguridad absoluta — garantía de la divina Firma, que jamás prescribe — a la cima...

Y ello, el nuevo camino, está abierto a todos los que lo prefieren, que ello es el hallazgo genial: a los pobres, a los que fracasan, a los mismos que no pueden...

En su sublime coronación, cuando la Santa, en su supremo grito, conjura al Aguila dorada que ya siente cernirse sobre ella para que la arrebate a lo más alto del Empíreo, nos hace ver cuanto, las mayores alturas, aun aquellas a las que no podemos pensar nunca en llegar, son compatibles con la oscura noche, que ahora adivina y se anuncia ya, peor aún que antes — precisamente en sus páginas más triunfales — cruda y fría. «J'accepte à être transie de froid...» Ella misma lo afirma, en previsión hecha con serenidad, diríamos, matemática. «Helas! je ne suis qu'un pauvre petit oiseau... je ne suis pas un aigle, j'en ai seulement les yeux et le coeur!...»

Y con abandono lleno de audacia avanza su prueba, a la que se ofrece a ser sometida. A la lucha, donde nos afirma resistirá: «Je veux rester-là, fixant jusqu'à la mort mon divin Soleil.» «Rien ne pourra m'effrayer, ni le vent ni la pluie; et si de gros nuages viennent à cacher l'Astre d'amour, s'il me semble ne pas croire qu'il existe autre chose que la nuit de cette vie, ce sera alors le moment de la joie parfaite, le moment de pousser ma confiance jusqu'aux limites extrêmes, me gardant bien de changer de place, sachant que par delà des tristes nuages mon doux Soleil brille encore!»

Sí. Hoy, verdaderamente más que nunca, en la actual tiniebla, en la cerrada negrura que nos rodea, sentimos, en ocasiones, en toda su crudeza, la situación inerme. «Cependant, si vous demeurez sourd aux gazouillements plaintifs de votre chétive créature, si vous restez voilé, et bien! je consens à rester mouillée, j'accepte d'être transie de froid, et je me réjouis encore de cette souffrance pourtant méritée...» Es entonces, cuando el alma, que nunca ha sido vencida por la carne, que ha escapado a las añagazas del mundo, que está muy por encima de él y de sus alcances, pero que aun se halla bajo la potestad de aflicción del demonio, es entonces que el alma necesita asirse en algo, y es también en este momento que siente que le falla todo. Son los fantasmas de la noche, duros como negros muros de granito, y que rien, además, con aquel sarcasmo que no cesa de resonar para las almas sensibles, de un modo especial, desde los días de Voltaire a los nuestros, y que se burlan de su creencia en que existe un más allá del alto muro... Mas ella sabe sufrir, paciente, helada, embotada en la apariencia, incluso, a veces... Porque Miguel y sus angélicas legiones siguen patrullando los inmensos mares del espíritu, a través del espacio y de la historia, mares que mueven el ajedrez visible de esta baja Tierra, en tanto que la pobre alma, ofrecida en presa al Aguila adorada, en el hueco de la piedra, persevera en su pasiva resistencia... «je sais que tous les aigles de votre céleste cour me prennent en pitié, qu'ils me protègent, qui défendent et mettent en fuit les vautours, image des démons qui voudraient me dévorer...».

«Fascinée»

«Moi, je suis trop petite pour faire de grandes choses, et ma folie, c'est d'espérer que ton amour m'accepte comme victime...»

Aussi longtemps que tu le voudras, je demeurerai les yeux fixés sur toi, je veux être fascinée par ton regard divin, je veux devenir la proie de ton amour!»

«Fascinée.» He aquí la suprema posición, heroica, a través de la noche de la Fe, en la segura espera de la próxima Amanecida. «Fascinée.» La palabra es feliz. Y su extensión, a lo social, insospechada y llena de contenido...

Nuestro siglo, débil, es fácilmente fascinable. Lo hemos visto ya, tras tantos falsos profetas, luego caídos. Lo vemos cada día, tras ídolos peores, nuevos Moloch sangrientos.

Fascinación. Nuestra madre Eva fué fascinada. Tras ella, todos sus hijos lo son repetida y nuevamente ante los renovados y brillantes iris de la antigua serpiente... Sólo María, la Mujer fuerte, escapa al histerismo que aflige a la especie, sólo Ella se salva de la enfermedad congénita. Mas los demás quedamos sujetos a la miseria «en este valle de lágrimas», en tanto Ella vuelve a nosotros «sus ojos tan misericordiosos».

Santa Teresa del Niño Jesús halla, inspirada por Aquélla, en su camino aplicación a la debilidad, que es nuestro patrimonio desde el día en que cayeron nuestros primeros padres... Su frase feliz es el programa que corona toda su escuela: mantener los ojos fijos en el Astro, haciendo que su fascinación nos llene y rechace todas las demás, fatales...

Y su camino de espiritual humildad señala, aquí concretamente, la definitiva pauta, cuando en una de sus poesías prorrumpo:

*J'ai besoin d'un coeur brûlant de tendresse,
Restant mon appui sans aucun retour;
Aimant tout en moi, même ma faiblesse,
Ne me quittant pas la nuit et le jour.
Je n'ai pu trouver nulle créature
Qui m'aimât toujours sans jamais mourir;
Il me faut un Dieu prenant ma nature
Devenant mon frère et pouvant souffrir (1).*

«J'ai besoin d'un cœur brûlant de tendresse...»

En esta misma revista, en su número 54, en el artículo «El arco iris de Pax Romana», se ve cómo puede y debe producirse la fusión de los dos sentimientos en que nuestra publicación desea, por así decirlo, impregnarse, la solución de la que allí se señala como «aporía» planteada: el de Jesús, Esposo suavísimo de nuestras almas, y el de Cristo Rey, Soberano señor nuestro, fusión ciertamente más difícil en otros tiempos que en los de hoy, de contenido y riqueza sociales extraordinarios, porque nunca como hoy había sido el hombre tan social, ni jamás como ahora habían apasionado e invadido tan a fondo los problemas comunes lo más íntimo de las conciencias. Hoy, de algún modo, podemos decir que nuestro castillo interior, por parapetado y replegado en sí mismo que se halle, no puede excusar el tener algo de social... En dicho artículo se pondera cómo, durante un largo siglo y medio, después de la muerte de la confidente del Corazón de Cristo, Santa Margarita María, sus devotos no parecían atinar a comprender las divinas palabras: «Reinaré a pesar de mis enemigos...» Pero allí mismo se dice: «Llegó el tiempo señalado por la divina Providencia, y entonces los amantes del Señor comprendieron que «las divinas palabras eran una respuesta anticipada al grito de la impiedad revolucionaria: «No queremos que Éste reine sobre nosotros», concluyendo que el adalid de la «conexión salvadora» — la de la devoción al Corazón de Jesús y a su Realeza — fué el que con modestísimos, pero sinceros títulos, llama nuestra revista «nuestro» Padre Ramière...

¡Oh, Teresita! ¿Y no es a través de todos tus escritos y toda tu vida — tu propia alma —, que culminan en este «leit motiv» final de la sublime sinfonía, el «leit motiv» de la fascinación antes citado, que, sintiendo aquella necesidad de «un coeur brûlant de tendresse», nos llevas a la adoración, suprema, del mayor Corazón que haya sentido la piedad? De aquel Corazón inmenso, que como Jesús, esposo de nuestras almas, se apiadaba de Magdalena, la que «mucho había amado». Que, como Rey pródigo y paternal, se «apiada de la Turba», y, para «que no desfallezca en el camino», la alimenta con sus panes y con sus peces. ¡Oh, Teresita! Tú has sabido bien resolver la «aporía» que ya no era conflicto en las páginas evangélicas. Y lo has hecho fascinada, como fascinados lo habían sido ya la Santa de Alacoque y el Padre Enrique Ramière.

Mas si la primera fué el ilustre heraldo de la gran revelación, y el segundo el adalid brillante, delador del liberalismo y de todas las cobardías, quizá por ello mismo sus figuras, ascéticas o heroicas, podían, a su modo, acobardar a las almas débiles y enfermizas de hoy, sumidas en la tibieza del ambiente apóstata que, si no las ha contaminado, las ha afligido, por lo menos, con el espiritual «surménage» que acarrea... ¡Tú, oh Santa Teresa del Niño Jesús, has abierto un nuevo y más fácil camino para seguir a aquellas grandes almas y para comprender mejor sus enseñanzas... y la razón está en el gran secreto que has hallado

(1) «Au Sacré-Coeur».

en el Corazón de Cristo, en aquello que más te ha cautivado: «Aimant tout en moi, même ma faiblesse — ne me quittant pas la nuit et le jour!»

«Je sens que ma mission va commencer...»

Y ella, nuestra Santa, la había anunciado, esta misión, misión que precisamente comenzaría —paradoja que jamás podrá comprender el mundo— el día de su muerte, el 30 de septiembre de 1897...

Dos años más tarde, un Papa glorioso, León XIII, consagrará el mundo todo al Corazón de Cristo, vencido, en la tierra, por las instancias audibles de una alma santa; pero quizá vencido más eficazmente aún por la gestión invisible de la que se hallaba ya ante el acatamiento de Dios... Poco más de cinco lustros más tarde, otro Papa, a quien la divisa malaquiaca designaría con el nombre de Fides intrépida, y que había dejado, en los hielos del monte Rosa, otra divisa, la «Via Ratti», en una de las que conducen a su cima, proclamaría la Realeza terrenal de Aquel que fascinó a la Santa, la estrella de su Pontificado, la Santa que acababa de colgar en otra cima, la de los altares... Misión que comenzaría, paradójicamente, el día de su muerte, 30 de septiembre... ¡Otra vez esta audacia, inimaginable, divina travesura que realmente ha debido hacer sonreír a los Cielos al «llenarlos»! Porque, al parecer, si nos hemos de fijar en lo literal de sus palabras, de nuevo, la pequeña y grande gentil Santa, infantil teóloga, otra vez se enfrenta, como antes, en su vocacional conflicto, con San

Pablo, nada menos: «He combatido con valor, he concluido la carrera, he guardado la Fe, dice éste a Timoteo, en su II Epístola (capítulo IV, 6-8). Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo Juez...» Y ante esto, nuestra Santa, ¿osa anunciar que, precisamente, empezará su vida activa, propiamente dicha, el ejercicio de su misión, desde lo alto, desde el Cielo? ¿Qué «divina» revolución es ésta? «Je sens que ma mission va commencer, ma mission de faire aimer le bon Dieu comme je l'aime... de donner ma petite voie aux âmes. Je veux passer mon ciel a faire du bien sur la terre. Ce n'est pas impossible, puisqu'au sein même de la vision béatifique, les anges veillent sur nous... Non, je ne pourrai prendre aucun repos jusqu'à la fin du monde!» Mas el gran Apóstol, desde aquel Empíreo al que había ya antes, en su vida terrena, sido arrebatado, debía también sonreír como los Cielos todos ante aquel nuevo y sublime anhelo: «Je ne pourrai prendre aucun repos...» Porque él, el Coloso de Tarso, había sido el primero en haber quedado fascinado ante Cristo Jesús. «No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí.» Y por ello debía, soberanamente, bendecirlo, con aquella diestra que pintan los grandes genios del arte, armada de la potente espada, y con aquella propia bendición, inmensa, que había dado, precisamente, a aquellos mismos efesios a que antes nos hemos referido, cuando les conjuraba —y con ellos a nosotros y, queríamos añadir, a nuestra revista— a comprender «con todos los Santos, cual sea la anchura y la longitud, la altura y la profundidad de este Misterio, y conocer el amor de Jesucristo», de suerte que seamos llenados todos de la plenitud de Dios.

Luis Creus Vidal

GLOSA A LO DIVINO

Publicamos a continuación enfrente del original castellano la traducción que Sta. Teresita hizo a una poesía de San Juan de la Cruz, el gran místico español; al mismo tiempo y aprovechando esta ocasión incluimos a su lado la traducción al catalán realizada por la poetisa Mariú Antania Salvá, de quién recientemente se ha publicado su versión castellana de las poesías de Sta. Teresita de cuya obra insertamos el prólogo en Orientación Bibliográfica

de San Juan de la Cruz

*Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y a solas viviendo,
todo me voy consumiendo.*

(ORIGINAL DEL SANTO)

1

Mi alma está desasida
de toda cosa creada
y sobre sí levantada
y en una sabrosa vida
solo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá
la cosa que más estimo,
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.

2

Y aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal;
porque si de luz carezco
tengo vida celestial;
porque el amor de tal vida
cuando más ciego va siendo
que tiene el alma rendida
sin luz y a oscuras viviendo.

3

Hace tal obra el amor
después que le conocí,
que si hay bien o mal en mí
todo lo hace a su sabor
y al alma transforma en sí;
y así, en su llama sabrosa
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta, sin quedar cosa
todo me voy consumiendo.

D'après Saint Jean de la Croix

*«Appuyé sans aucun appui; sans
lumière et dans les ténèbres, je
vais me consumant d'amour.»*

(S. JEAN DE LA CROIX)

**Au monde, quel bonheur extrême!
J'ai dit un éternel adieu.
Elevé plus haut que lui-même,
Mon cœur n'a d'autre appui que Dieu
Et maintenant je le proclame:
Ce que j'estime près de lui,
C'est de voir mon cœur et mon âme
Appuyés sans aucun appui!**

**Bien que je souffre sans lumière,
Et cette existence d'un jour,
Je possède au moins sur la terre
L'Astre céleste de l'amour.
Dans le chemin qu'il me faut suivre
Se rencontre plus d'un péril;
Mais, par amour, je veux bien vivre
Dans les ténèbres de l'exil.**

**L'amour, j'en ai l'expérience,
Du bien, du mal qu'il trouve en moi,
Sait profiter; quelle puissance!
Il transforme mon âme en soi.
Ce feu qui brûle dans mon âme
Pénètre mon cœur sans retour;
Ainsi dans son ardente flamme
Je vais, me consumant d'amour!**

de Sant Joan de la Creu

*Recolzat sense recolzament,
sense llum i dins les tenebres,
jo vaig consumint-me d'amor.*

(SANT JOAN DE LA CREU)

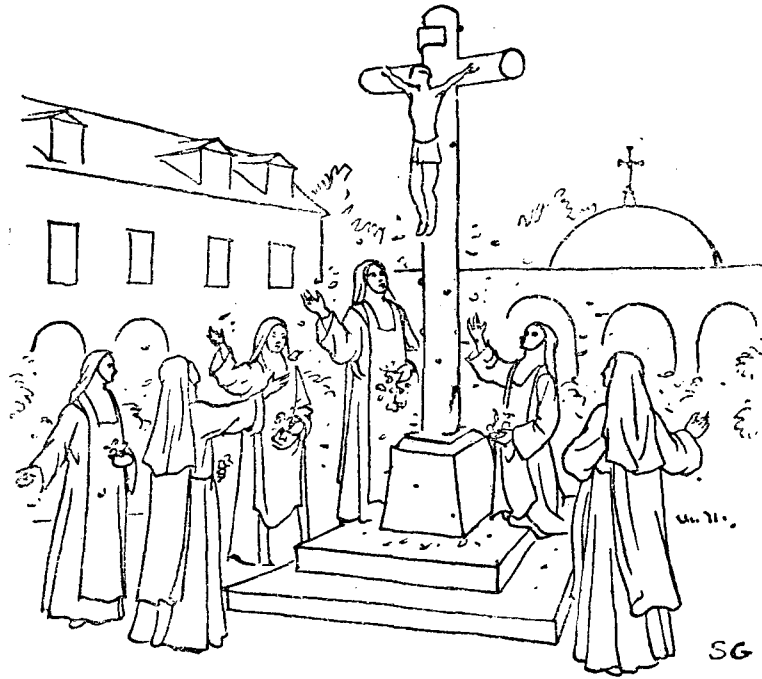
*Al mon — o extrem de la bonesa! —
ia per a sempre he dit: Adéu.
Sobre ma pròpia mesquinesa
mon cor només reposa en Déu.
O benaurança regalada,
sentir, per gràcia de l'Amat,
sens recolzar-se en cosa nada,
tot el meu ésser recolzat!*

*Enc que sofrecixi en la negrura
d'aquesta vida de foscòr,
tinc ja a la terra la ventura
de posseir l'Estel d'amor.
En camí fosc ningú no es lliura
d'ensopegar algun perill;
mes per amor consento a viure
dins les tenebres de l'exil.*

*L'amor — en tinc l'experiència —
del bé i del mal que troba en mi
en traü profit; té la potència
de transformar-ho tot en sí.
El foc que abrusa el cor qui l'ama
penetra el meu amb tanta ardor,
que dins l'ardència de sa flama
sent consumir-me tot d'amor.*

1896.

1945



JETER DES FLEURS

Air: *Oui, je le crois, elle est immaculée*

Jésus, mon seul amour, au pied de ton calvaire,
Que j'aime, chaque soir, à te jeter des fleurs!
En effeuillant pour toi la rose printanière,
Je voudrais essayer tes pleurs!

*Jeter des fleurs!.. c'est t'offrir en prémices
Les plus légers soupirs, les plus grandes douleurs.
Mes peines, mon bonheur, mes petits sacrifices:
Voilà mes fleurs!*

Seigneur, de ta beauté mon âme s'est éprise;
Je veux te prodiguer mes parfums et mes fleurs.
En les jetant pour toi sur l'aile de la brise,
Je voudrais enflammer les coeurs!

*Jeter des fleurs! Jésus, voilà mon arme
Lorsque je veux lutter pour sauver les pécheurs.
La victoire est à moi: toujours je te désarme
Avec mes fleurs!*

Les pétales des fleurs caressant ton Visage
Te disent que mon coeur est à toi sans retour.
De ma rose effeuillée, ah! tu sais le langage,
Et tu souris à mon amour...

*Jeter des fleurs! redire tes louanges,
Voilà mon seul plaisir sur la rive des pleurs.
An ciel j'irai bientôt avec les petits anges
Jeter des fleurs!*

28 juin 1896

ARROJAR FLORES

Tonada: *Lo creo, sí, ella es immaculada*

Al pie de tu calvario, Jesús, mi único amor. - ¡Cuán feliz soy pudiendo arrojar flores, cada tarde! - Deshojando por ti la rosa primaveral. - ¡Quisiera enjugar tu llanto!

¡Arrojar flores!... es ofrecerte en primicias - los suspiros más leves, los dolores más grandes. - Mis penas, mis alegrías, mis humildes sacrificios: - ¡Esto son mis flores!

Señor, mi alma se ha enamorado de tu belleza; - quiero prodigarte mis perfumes y mis flores. - ¡Arrojándolas en honor tuyo sobre el ala de la brisa, - yo quisiera inflamar los corazones!

¡Arrojar flores! Jesús, he aquí mi arma - cuando quiero luchar por salvar a los pecadores. - Mía es la victoria: ¡nunca dejé de desarmarte - con mis flores!

Los pétalos de las flores acariciando tu Rostro - te dicen que mi corazón es tuyo para siempre. - Conoces ¡ah! el lenguaje de mi rosa deshojada, - y sonríes con amor...

¡Arrojar flores! repetir sin tregua tus alabanzas, - este es mi único placer desde la orilla de mis lágrimas. - Al cielo iré muy pronto con los pequeños ángeles - a arrojar flores!

28 junio 1896.

«Milagro de virtudes y prodigio de milagros»

Se ha escrito mucho sobre Santa Teresita del Niño Jesús. Su *Historia de un alma*, traducida a diversos idiomas, ha recorrido el mundo. Es difícil encontrar un templo, una capilla, un oratorio público o privado donde no esté su imagen. Es ella la niña amada, la Estrella, «milagro de virtudes y prodigio de milagros» como la llamó Su Santidad Pío XI en su discurso de Beatificación.

Esa niña vino al mundo con una Misión especial. Dotada de la verdadera humildad, que sabe reconocer los dones de Dios; comprendiendo la suma de gracias con que El la dotó, quiso escalar la cumbre de la santidad y exclama: «mi misión en la Iglesia y en la tierra es el Amor» y comprendiendo y penetrando, en lo posible, en los arcanos del amor divino, mira su alma... y ella que era santa... siéntese pequeña, pequeñísima, y se da, se entrega, se ofrece como Víctima al Amor misericordioso; y así armoniza la sublimidad de Cristo, que tanto amó al hombre hasta morir por él, con la bajeza de la criatura de quien sólo pide confianza y amor; y hace de la «Historia de un alma» un tratado de formación interior, desgraciadamente de muy pocos comprendido, aun entre los que se llaman devotos y admiradores suyos.

Ella dijo: «quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra»; pero el bien que, sin duda alguna se ha propuesto hacer, no consiste, ni mucho menos, en acceder a los ruegos de todos los que recurren a ella, sólo para alcanzar curaciones o gracias de orden material o humano. «Tengo sed de amor», dice en una de sus vibrantes poesías y supo interpretar la sed de almas de Jesús. Propúsose calmársela desde pequeña; y después, en su pobre y humilde vida del Carmelo, no niega sacrificio alguno al Amado de su corazón.

Y en contraposición con la corriente humana, que vive vertiginosa, rápida, eléctricamente, ella resume su teología, permítasenos llamarla así, en ahondar el Amor Divino y corresponderle con sacrificios incontables, queriendo ella también, morir de amor. Para eso Teresa quiere ser humillada, despreciada, más aún... olvidada... ¡es tan duro el olvido al corazón humano! Cuando sufrimos, sea física, moral o espiritualmente, nos quejamos, buscamos consuelo en algún ser amigo y esto nos alivia; ella no; sonreía... y sonreía siempre. En su corazón de ángel tierno y amable guardaba inmensa gratitud y cariño a sus hermanas de sangre que vivían a su lado. Su primer ataque de hemotisis se le produjo el 3 de abril de 1896 (Viernes

Santo). Paulina y Celina sólo lo supieron en mayo de 1897; ¡viviendo bajo el mismo techo!..., y como Paulina, Madre Inés de Jesús, le reprochara más tarde, dulcemente, el habérselo ocultado, la angelical Carmelita le contesta: «Déle gracias a Dios, Madrecita; conociendo mi estado y viéndome, entonces, tan mal cuidada, ustedes habrían tenido demasiada pena».

Se lee mucho, pero falta reflexión y... ¿por qué no decirlo?... faltan oración y amor. Todas las jóvenes de hoy, han leído la «Historia de un alma», todas creen ser devotas de Santa Teresita, pero con esa devoción superficial que nos deja iguales. No basta leerla, es necesario meditarla y ahondarla, hacer esfuerzos, poco a poco, por imitar a esa generosa criatura que no regó nada al Señor. Sólo así comprenderemos que ella fué, como tanto lo deseaba, mártir, apóstol, misionera... quizás más que muchos apóstoles y misioneros ha convertido almas con su negación completa, con su mortificación continua, con su dulce y sonriente obediencia y aceptación del dolor y las humillaciones. Ella nos enseña que para ser santos es menester sufrir mucho, escoger siempre lo más perfecto y olvidarse a sí mismo. Para esto hay que amar, amar mucho también a Jesús; Teresita, como lo dijimos ya, no tenía otro deseo que el de morir de amor. Y para amarlo ¿qué he de hacer? yo que leo estas líneas... conocerlo y sólo lo conocemos orando, meditando el Evangelio; y tomadas de la mano de Jesús y de Santa Teresita pedirles que nos guíen. Dos almas amigas no se cansan de estar juntas y mientras más se tratan más se aman, ¿y cuál fué la misión de Santa Teresita?... Hacer amar al Amor. Este es el bien mayor que ella quiere hacer en la tierra. Y se pregunta: «¿Por qué, Amado mío, estos mis deseos de comunicar tus secretos de amor? ¿Acaso no puedes enseñarlos y comunicarlos Tú mismo a otras almas?» Si; ya lo sé y te suplico que lo hagas; ¡sí, yo te ruego que inclinando tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñitas, te escojas entre ellas, aquí abajo, una legión de víctimas dignas de tu amor... víctimas por su confianza y humildad!

Entre ellas y Santa Teresita se establecerá una corriente de amistad, una unión admirable, pues ella sabrá guiarlas, ayudarlas a levantarse si caen, y las alcanzará fuerzas para deshojar rosas a Jesús, con esos pequeños sacrificios, que al parecer fáciles y sencillos, la hicieron ser llamada «milagro de milagros».

Domitila Huneeus

Superiora General de las R.R. de Betania

FLOR DESHOJADA

Yo en silencio un día escuchaba
una dulce voz
Cual la voz de una amiga del alma
me hablaba de Dios

«Si son bellas las flores, me dijo,
brillando en su Altar
Le complace arrancando sus pétalos
la flor deshojar“...

Desde entonces no envidio las flores
que en suerte mejor
Enclaustradas, del frío al abrigo
las quiso el Señor

Y he cambiado ya aquella nostalgia
y aquel suspirar
Y he anhelado hacer lo que El quiere
y sin desmayar

He dejado a mi Dueño divino
lo que suyo es
Complacida en que rueden sus pétalos
muy junto a sus pies

Desde entonces, si el viento destroza
con vivo dolor
Ideales que un día creyera
la rosa mejor

Me figuro su mano amorosa
pronta a deshojar
Y cerrando los ojos confiada
le dejo así obrar

El hará de las hojas caídas
obras de su amor
Son designios que a *alguien* revela
¡es Dueño y Señor!

Y aunque vea negruras que cercan
visiones sin luz
que marchitan la paz de mi alma
¡yo siento a Jesús!

Yo lo siento con la voz aquella
vibrante de amar
Que me pide la flor de mi vida
para deshojar...

Carmen Carroggio

Febrero 1929

LA DESNATURALIZACION DE ESPAÑA POR LA DEFORMACION HISTORICA

II

LAS LEYENDAS

Puede definirse la leyenda como la poetización de un hecho histórico. La poesía admite licencias, y al transmitirse de generación en generación, la malicia, el interés, la inadvertencia, alteran el sentido y la verdad. La labor del historiador es recogerlas y tamizarlas para que, sin perder el valor poético, no quede nada de lo que pueda dar pábulo a la deformación histórica, o bien señalar dónde se aparta de la verdad.

La leyenda pasa así a la imaginación popular. El pueblo no conoce más que lo que la leyenda le enseña. De aquí la importancia que tiene que toda enseñanza elimine lo que es, en su perjuicio, deformadora de la verdad histórica, lo que se puede hacer perfectamente sin que la poesía desaparezca.

Fijemos nuestra atención en la leyenda del Cid. Sea cual sea la verdad histórica del personaje, quien tenga espíritu crítico, ha de reconocer que el Cid histórico es absolutamente distinto del Cid legendario. Por antiguo que sea el cantar del «Mio Cid», es absurdo darle carácter documental, como lo comprendieron los franceses con sus poemas del ciclo Carolingio.

Aquí, como era natural, lo legendario ha prevalecido. Bien está en literatura; error grave en historia. Pero la deformación histórica del Cid viene a señalarse por dos hechos que, al popularizarse, arrojan sombras sobre acontecimientos y personajes que son glorias y figuras de nuestra historia. Del Cid, aparte de que ganaba batallas después de muerto, lo que la imaginación popular retiene, porque se ha tenido interés en ello, es la jura de Santa Gadea, haciendo nacer de ella la incompatibilidad con Alfonso VI.

En la jura se buscan los efectos: imposición del pueblo al rey, y odiosidad de éste por su rencor contra el Cid.

Por la jura se consigue o se pretende conseguir rebajar la Monarquía, que queda pendiente de la imposición de unos caballeros, en realidad, por su leyenda, la imposición del Cid. La Monarquía cede ante la nobleza; pero como que la nobleza representa, para luchar contra la institución monárquica, al pueblo castellano, se consigue una victoria «democrática» sobre la institución real. Para evitar esta deducción, bastaba que en la enseñanza, sobre todo secundaria y superior, se hubiera hecho notar que la jura no era más que la aplicación de una ley visigoda por la que cualquier rey que sucedía a un monarca muerto asesinado debía antes jurar no haber intervenido en la muerte violenta de su predecesor. Pero al contar esto, en vez de rebajar la institución real como se pretendía, lo que resultaba era purificarla y esto no interesaba a los deformadores de la historia. Si el Cid no imponía el juramento de Santa Gadea, en la forma dada por historiadores y por el vulgo, caía por su base la enemistad nacida entre Alfonso VI y don Rodrigo. Desaparecía la odiosidad contra el rey castellano, y lo que les convenía era de que el conquistador de Toledo perdiera sus características de haber sido uno de los reyes más gloriosos de Castilla y León.

Otra deformación legendaria la debemos a nuestros días. Los catalanes habían guardado el recuerdo de la defensa de Barcelona en 1713. Cuando el catalanismo entró en la pelea necesitó un mito, y lo creó deformando la verdad histórica del hecho de la defensa de Barcelona. Los historiadores anteriores habían colocado la guerra de sucesión en su verdadero aspecto. Pero los políticos catala-

nistas, sin tener en cuenta los trabajos del canónigo Bru-guera y del general La Llave, transformaron una guerra de sucesión en guerra de independencia. Y así se creó la leyenda política popular de que los defensores de Barcelona, y con ellos todos los «vigatans», oponían Cataluña a España o, mejor dicho, Castilla. Y como les faltaba alguien que muriera en las murallas del «Portal Nou» y «Baluarte de San Pedro», hicieron morir en ella a Rafael de Casanova. Cuando más tarde se descubrió su tumba, y se supo que había muerto mucho más tarde, aunque no se rectificaba la indole de la guerra, la deformación histórica y la leyenda habían ya echado raíces entre el pueblo y los que estaban interesados en mantener el mito, que la leyenda perduró.

Cojamos otra leyenda: la encontramos en la Cruzada que termina en las Navas de Tolosa. Nos cuentan que los cruzados extranjeros, cuando vieron que no había saqueo y, por lo tanto, botín para recompensar sus esfuerzos, alejando el calor de la estepa manchega, se retiraron. Así todavía se escribe y se enseña en las escuelas e institutos. Halaga al patriotismo español, que realiza y consigue obtener solo el triunfo de la Santa Cruz. Pero se desprende en seguida que aquellos guerreros que vinieron de Europa al llamamiento del Papa, no vinieron impulsados por espíritu cristiano ni tomaron la cruz por fe religiosa, sino que obraron por ambición de botín. No se nos alcanza lo que podía haber de botín en los castillos manchegos. Pues donde lo habría sería en las ciudades mahometanas de Andalucía, a las que no llegaron; pero no les iba mal a los deformadores históricos echar un borrón a la Caballería, desprestigiar la Cristiandad de la Edad Media, y que, por similitud, quedarán en entredicho las propias cruzadas de Oriente, adonde también irían — según deducción por semejanza — no por espíritu religioso, sino por avidez de riquezas.

Moderna, muy moderna, es también la leyenda de los Comuneros castellanos.

Tanto es así, que no podemos ir más allá de finales del siglo XVIII. Nadie ha escrito tan claro sobre ello como fray Antonio de Guevara. Dice el prelado, dirigiéndose al mismo Padilla: «Bien sabéis, señor, que todos los que traéis en vuestro campo contra el rey son ladrones homicidas, blasfemos, fementidos, oficiales sediciosos y comuneros, a los cuales, como sea gente vil y baja, no habéis de mandar, sino rogar; porque ellos no os siguen a fin de remediar los agravios que se hacen, sino por robar las haciendas que otros poseen», y escribiendo al obispo de Zamora le decía: «Bien sabemos que Juan de Padilla, el mismo a sí mismo, se tiene prometido el Maestrazgo de Santiago. Bien sabemos que Clavero se tiene prometido el Maestrazgo de Alcántara; que el abad de Complido se tiene prometido el obispado de Zamora; el prior de Valladolid, el obispado de Palencia... Ramir Núñez y Juan Bravo ya se dejan llamar señorías; el Juan Bravo porque esperaba ser conde de Chinchón, y a Ramir Núñez, conde de Luna.» Y podía añadir que el obispo Acuña aspiraba nada menos que a la mitra de Toledo.

La leyenda se utilizó por los liberales: Quintana, con su canto «A Juan de Padilla», y Martínez de la Rosa, con su drama «La Viuda de Padilla». La masonería, en su subsecta de los «Comuneros», la acaba de popularizar. Hoy es trabajo ímprobo deshacer esta deformación histórica hasta

COLABORACION

en personas que, tanto en religión como en patriotismo, piensan bien.

Alrededor de Colón también se creó otra leyenda vulgar. Los hechos históricos demuestran la protección que se dió al famoso navegante incluso cuando se le hacía regresar a España, quizá un poco duramente, como preso. Pero convenía manchar el recuerdo de nuestros Reyes Católicos y se le hacía morir olvidado, pobre y perseguido, sin que nadie nos explique cómo, quien nada tenía, podía formar un mayorazgo.

Y así, aunque fuera dura la disposición que obligaba a regresar al almirante a España, cuando sólo parecía indicar que ante la ley no había preferencias que doblaran la justicia, y que el acto de los Reyes Católicos era merced extraordinaria, en la conciencia popular, por esta leyenda deformadora basada en un hecho histórico, se quiere considerarle víctima de la ingratitud y envidia. Sombras que se arrojan sobre el auxilio que los Reyes Católicos dieron a Colón para su grandiosa empresa.

Nacida de una anécdota, constantemente repetida, aunque sin fundamento alguno, está la ingratitud de Carlos I para Hernán Cortés. Hasta en libros de lectura escolar ofrecidos en colegios como premios de aplicación la he leído. Carlos I se encuentra con Cortés, quien intenta acercarse a la carroza del emperador para entregarle un memorial, y Carlos pregunta quién es él, y le contesta el conquistador de Méjico que ha ganado para su rey más imperios que los que había heredado de sus padres.

Lo absurdo de la entrevista, lo más absurdo de la pregunta y la insolencia de la contestación eliminan ante la crítica esta anécdota. Sin embargo, la leyenda, que ya no es poética, sino henchida de mala intención, se mantiene viva. Toda la consideración de Carlos I la convierten en dureza, ingratitud y villanía, mezclado con la irrisión de soportar semejante ultraje. Lo importante era destruir nuestra verdadera historia. Si se explicara el porqué fué desterrado a Castilleja de la Cuesta y la razón por que fué relevado de Méjico, no se tendría miedo de ensombrecer a Carlos V, ni aguantaría un solo instante la leyenda anecdótica.

Mucho hizo Juderías para desvanecer la leyenda negra. Mucho ayudó el americano Lummis para justipreciar nuestra expansión americana. Se han utilizado todos los elementos de la erudición en el padre Montaña; muy moderno, el francés Luis Bertrand entraba en liza para aclarar algunas dudas que pudieran tener todavía las grandes masas. Y, sin embargo, a pesar de todo, Felipe II no ha podido conquistar a la masa en general ni a mucha parte erudita. Pesan sobre ellos la historia falsificada por los liberales del siglo pasado, y una multitud de novelas y piezas teatrales que deformaron la figura del rey prudente. «El pastelero de Madrigal», la rivalidad de don Felipe con su hermano don Juan, sus amores con la princesa de Eboli, su desprecio a las libertades aragonesas, su crueldad con su hijo don Carlos, esto no se ha arrancado todavía de la imaginación de las masas y hasta de personas que se creen ilustradas y que consideran cualquier defensa de Felipe II como obra de reaccionarios católicos y monárquicos, que falsifican la historia, cuando son ellos justamente los que sufrieron la intoxicación.

¿Quién hoy se atrevería a presentarse en una reunión pública, con mescolanza de clases, para hacer la apología o cuando menos la defensa, siquiera fuera poniéndolo en el tiempo, del Tribunal de la Inquisición? No nos engañemos, ya que tratamos de darnos cuenta de las deformaciones de nuestra historia y su influencia en la realidad; no nos engañamos, repito, diciendo que la repulsa contra el Santo Oficio es cosa del pasado. Se podría hacer una prueba, y veríamos que hasta en reuniones de personas piadosas e ilustradas, tal apología o tal defensa caería en el vacío y ocasionaría dolorosas reacciones. Menéndez Pe-

layo no lo consiguió, ni consiguió que rectificara la doctrina oficial de la Universidad en su tiempo, fracasó en este sentido la obra de Orti y Lara y también la de García Rodrigo.

Y sin embargo, la leyenda contra la Inquisición española es reciente. Los mismos regalistas y jansenistas del tiempo de Carlos III y Carlos IV, no lanzaron grandes anatemas contra ella. ¡Si, al fin y al cabo, hubo un momento, bastante largo, que la Inquisición estuvo en manos de jansenistas declarados! Pero la invasión de las ideas revolucionarias dió origen a una doble ofensiva: entre los afrancesados la capitaneó Llorente, y entre los enemigos de la invasión, también dos sacerdotes fueron sus principales adversarios: Villanueva y Ruiz de Padrón.

Hasta entonces la campaña contra la Inquisición había sido mantenida por los apóstatas refugiados entre los protestantes. Después de la gran ofensiva masónica contra el Santo Oficio: «La historia» de Llorente, el «Informe» de Ruiz de Padrón y la «Inquisición sin máscara» de Puigblanch, se extendió rápidamente la leyenda contra el Santo Tribunal. Procuraron los prelados contener la divulgación de la novela «Cornelia Bororquia», pero al difundirse el liberalismo político y la masonería en la clase media, aumentaba la campaña antiinquisitorial. Llama la atención que Fernando VII ya no se atreviera a restablecer el Tribunal después de la segunda experiencia constitucional en 1823. Nada indica tanto de cómo se propagó por los masones la leyenda explotada luego por los liberales y difundida después por toda la pseudohistoria liberal.

Y al pueblo que escuchaba y a la gente que leía se les fué inculcando toda esa mentira. No en novelas, sino en historias, o bien en esos relatos de divulgación histórica que el romanticismo puso de moda: tales las «Cárceles de Europa», donde junto a los «Plomos» de Venecia y la «Bastilla» de París no falta el espeluznante relato de la Inquisición de Sevilla. Con tal preparación no extrañará que se pudiera escuchar sin soltar la carcajada el relato de Echegaray, en pleno Congreso de los Diputados, del hallazgo de la guedeja rubia en el Quemadero de la Cruz.

¿No hemos visto más modernamente a Astrana Marín con su alegato de las persecuciones de Quevedo por la Inquisición? Y este escritor es nuestro contemporáneo y conserva todavía el mismo concepto del Santo Oficio que tenía hace años cuando formaba parte de la Comisión conmemorativa, de la abolición de la Inquisición en España donde se codeaba con los universitarios formados por la nefasta Institución Libre de Enseñanza: ¿Cómo nos vamos a extrañar que persista todavía la leyenda?

Y otros y otros la mantienen. Haga lo que haga la erudición, si no se populariza la historia rectificada, la batalla seguirá perdida para la Historia verdadera, cristiana y española.

¿Se cree quizá que la leyenda de la Papisa Juana, a pesar de lo que probó Mateos Gago, ha desaparecido? Quien tal afirme no ha estado en contacto con la masa popular. ¡Cuántas veces se me ha hecho la pregunta! Y lo ha sido por personas criadas y educadas en el seno de las familias religiosas. Y no estoy seguro que muchas veces mi rectificación haya tenido resultado positivo. ¡Se creía seguramente que hablaba el reaccionario y clerical!

Contra la Religión, contra España, contra sus Reyes y su memoria, la historia deformada ha entrado en las bibliotecas particulares y públicas, en los libros de texto se han mantenido errores y falsedades, la leyenda muy difundida hizo presa de las masas doctas e indoctas cooperando a su divulgación. ¿Qué faltaba para desespañolizar y descristianizar a nuestro pueblo? Que el libro entrara en los hogares, que la mentira fuera vivida en la escena, que la sensibilidad vibrara con la poesía, que por la pintura y el grabado estuviera ante los ojos. Todo esto cooperó como veremos otro día.

Melchor Ferrer

La lucha contra el liberalismo

III (1)

Arnold Rüge y Carlos Marx

Nos hemos referido anteriormente a un extraño personaje llamado Arnold Rüge, director de los *Annales franco-allemandes*, sobre cuyas actividades es necesario indicar otros datos, especialmente por el hecho de que las mismas sirvieron de trampolín excelente a los oscuros designios de Enrique Heine. Arnold Rüge, de nacionalidad alemana, había nacido en el año 1802; muy joven todavía, se mezcló en conciliábulos secretos trabajando arduamente con fines revolucionarios, a cuyo objeto ingresó en la masonería, primero, para pasar más adelante a las filas del carbonarismo, donde actuó incansablemente hasta que fué detenido por conspirador y encerrado durante seis años en la cárcel por sentencia judicial. Después de haber cumplido la pena se exilió voluntariamente a Francia, en cuya capital lo encontramos en 1840. Fué allí donde fundó los *Annales*, y parece ser que la aparición de los mismos coincidió con su alistamiento en las huestes de Mazzini, alcanzando el grado de jefe de la «Joven Alemania». Conviene tener presente esta trayectoria, porque, como luego veremos, los objetivos e incluso los procedimientos de los carbonarios y los de los dirigentes de la «Joven Europa» de Mazzini, no concordaban exactamente, por lo que el paso dado por Rüge, hubo de contribuir, probablemente, a su desaparición como elemento activo del vasto plan sectario internacional.

Cuatro años más tarde, en 1844, llegaba a París Carlos Marx. El futuro agitador había nacido en Tréveris en 1814; estudió derecho en la Universidad de Bonn, y más tarde filosofía en la de Berlín, donde alcanzaban gran apogeo las doctrinas de Hegel, en las cuales Carlos Marx estructuró su propio pensamiento filosófico. Contaba tan sólo veintidós años cuando se adhirió a los planes de la «Unión de los judíos para la Civilización y la Ciencia», disuelta oficialmente años antes, y de la cual hemos hablado ya, siquiera someramente. Desde aquel momento se perfila el futuro revolucionario con caracteres precisos. Poco después recibe Marx el grado de doctor en Filosofía, y un año más tarde es nombrado profesor de esta Facultad en la Universidad de Bonn. Sin embargo, no era este el supremo ideal de su vida; la llama revolucionaria había prendido en su espíritu, y su natural inquietud no encajaba exactamente con el trabajo de la cátedra.

Aparecía en aquellas fechas, en Colonia, un periódico titulado «Gaceta renana», cuya dirección había sido confiada a tres judíos: Hess, Oppenheim y Rutenberg. Este último fué el encargado de solicitar de Carlos Marx su asidua colaboración, que el flamante catedrático de filosofía aceptó sin titubeos, iniciando así una progresiva influencia sobre dicha publicación hasta el extremo de abandonar su puesto en la Universidad para consagrarse por entero al periódico, desde el cual lanzó sus primeras teorías revolucionarias entre la población obrera de la Renania, en cuyo seno prendió, con perfiles característicos, la nueva doctrina ardorosamente defendida en las páginas de la «Gaceta». Y a tal extremo llegó Marx en la propaganda de sus ideas, que las autoridades trataron de imponer la previa censura sobre el periódico, lo que motivó, ante la negativa del joven revolucionario, la prohibición de aquél.

Adivinando Marx que el desarrollo de los acontecimientos no se presentaba muy favorablemente, huye de Alemania y se refugia en París, donde le reciben los brazos fraternales de su protector, Enrique Heine.

Heine se da cuenta inmediatamente del importante papel que Carlos Marx puede jugar en sus proyectos, y se apresura a presentarlo a Arnold Rüge, quien no duda en asociarlo en la dirección de los *Annales*, en cuyas páginas encuentra Marx el mejor vehículo para desarrollar con mayor amplitud los puntos doctrinales expuestos con anterioridad en la «Gaceta renana». Pero los manejos de Heine no terminan ahí; lentamente consigue colocar junto



Marx

a Rüge nuevos candidatos, entre los cuales sonará muy pronto el nombre de Federico Engels, el futuro compañero de Marx, y el de Fernando Lasalle, nieto de un rabino de Breslau, en el cual reconocerá bien pronto Heine «uno de esos rudos gladiadores que marchan fieramente hacia el combate supremo». Así, paso a paso, Rüge se encuentra aislado, hasta que es obligado más tarde a presentar la dimisión de su puesto; el seguidor de Mazzini ha de salir de Francia, y después de vivir durante varios años en Suiza, y más tarde en Alemania y en Inglaterra, acepta la ayuda que le brinda Bismarck hasta el término de sus días.

La revolución de 1848

La revolución está en marcha. Después del importante triunfo de 1789, liberal y masónico, y de la tentativa de 1830, las sociedades secretas organizadas con el fin específico de destruir hasta sus cimientos el orden social existente, pretenden avanzar de nuevo hacia la meta de sus objetivos. Una sorda agitación y un trabajo metódico y subterráneo, cuya suprema dirección se oculta en las sombras del misterio, prepara la explosión sangrienta que ha de culminar en el ataque sacrilego, con las armas en la mano, contra la Sede del Vicario de Jesucristo. El ju-

(1) Vid. CRISTIADAD, núm. 75, pág. 215, y núms. 81-82, pág. 361.

daísmo reformado, principalmente, dirige al parecer con todas sus fuerzas la trágica subversión. Como ha escrito Cretineau Joly, «fácil será a la historia descubrir la mano y el oro de algunos israelitas alemanes o italianos que promovían motines y franqueaban el paso a las anárquicas pasiones. Los deícidas maquinan contra el Calvario la realización de una venganza que llevan sepultada en el pecho hace diecinueve siglos, y penetrando, proscritos perpetuos, en el gremio de las sociedades secretas, las avituallan en los momentos de escasez y las alientan en sus horas prósperas, proporcionando de continuo a sus caudillos los necesarios recursos para saciar la sed que de goces materiales los devora», y aunque, como añade el propio historiador, fuese «muy limitado el número de judíos que emprendieron ese tráfico de rencor y venganza», su influencia es enorme y tienen en sus manos los hilos que moverán en el momento oportuno el tinglado revolucionario. No son extraños a tales propósitos algunos hombres de gobierno, que a través de sus agentes diplomáticos, de un modo preferente, laboran activamente en el empeño suicida de implantar a toda costa las ideas liberales extremas en los países del continente.

En 1846, Carlos Marx, residente ya en aquella época en Londres, efectúa un viaje clandestino al Gran Ducado de Baden, en compañía de Engels, donde trata de dirigir un movimiento insurreccional republicano, que a la postre fracasa. Los dos revolucionarios logran, no obstante, escapar gracias a la documentación falsa de que van provistos. En aquel mismo año, el 5 de enero, el personaje judío que se ocultaba bajo el seudónimo de *Piccolo Tigre* —a quien nuestros lectores conocen ya a través de los datos que sobre sus actividades se han publicado en anteriores números de nuestra Revista—, escribe a *Nubius*,

jefe supremo de la Alta Venta, aunque apartado por aquella fecha de su cargo, una carta harto significativa a la que pertenece el siguiente párrafo: «El asalto que de aquí a pocos años y quizás dentro de algunos meses haremos a los príncipes de la tierra, los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y de sus impotentes ejércitos. ¡Y el asalto llega! Dos años después, los dirigentes de las sectas creen llegada su hora, «Los judíos —explica Cretineau-Joly— han ajustado un contrato y exigido arras, y es preciso que el contrato se cumpla y caiga sobre el orden social con todo el peso de la maldición a que saben estar condenados.»

La revolución de 1848, estalla así en el momento calculado. Carlos Marx se ha dirigido a París para controlar la sublevación. Como es sabido, no logra ésta todos sus objetivos, y el futuro jefe socialista internacional es detenido. Peligra incluso su cabeza, pero ahí está oportunamente Heine, que consigue un mandato de prisión para su patrocinado, gracias al cual prepara la huida del cabecilla. Pocas semanas después, Marx llega salvo a Londres, dispuesto a continuar su tarea, una de cuyas premisas esenciales es la de destruir hasta sus raíces la fe cristiana.

«La forma más rígida de la oposición entre el Judío y el Cristiano — ha escrito el autor de «El Capital» — es la oposición religiosa. ¿Cómo desaparece una oposición? Pues haciéndola imposible. ¿Y cómo se hará imposible una oposición religiosa? Pues suprimiendo la religión.» He ahí condensado en breves líneas el motivo fundamental de toda la actuación marxista, que es a su vez instrumento de un plan más amplio, más profundo.

Pero eso merece también una explicación más concreta.

José-Oriol Cuffi Canadell

La conspiración comunista

V. - LOS «POSESOS» DEL COMUNISMO

Cierto número de organizaciones del Frente Rojo se han negado a justificarse ante el comité del Congreso Federal creado para investigar las actividades contra los Estados Unidos. Los rojos han preferido desafiar al Congreso de la Unión antes que revelar los secretos que se ocultan en las relaciones de sus organizaciones con el comunismo internacional.

La práctica adoptada se conforma, en este caso, con el molde trazado por la conducta de Gerhart Eisler, representante de la Internacional Comunista y por la de Eugene Dennis, actual Secretario del Partido Comunista de los Estados Unidos: ¡todos los comunistas coinciden en un único propósito, esto es, derrotar a cuantos se empeñan por descubrir la verdad sobre las maquinaciones subversivas del comunismo!

Los líderes rojos actúan inevitablemente como parte de aquella rueda dentada del «aparato» comunista que, como ya lo dijo Pío XI, está integrado por hombres que se han adherido sin reservas a la esclavitud atea, o que simpatizan con ella: por hombres que han rendido sus inteligencias, inclusive su lealtad, en los países donde laboran, a las exigencias de la política soviética.

Conviene que nos fijemos por unos momentos en algunas de esas personalidades, por ejemplo en la del doctor

Edward Barsky, quien se destaca entre los organizadores del Comité Conjunto pro-Refugiados Antifascistas. Se trata, en este caso, de un cirujano hábil que, según entiendo, ha operado con éxito a muchos líderes comunistas. El sabe perfectamente —y ello me consta por mis contactos con él y con sus representantes, cuando yo era editor del *Daily Worker*— que su organización es fiel tan sólo a los intereses moscovitas, que ha sido constituida primordialmente para facilitar los viajes entre Europa y América de figuras destacadas del movimiento comunista. El Comité no se organizó para servir en general a los refugiados antifascistas, sino para favorecer en particular a los líderes comunistas.

Fieles secuaces

El doctor Barsky no ignora que Eisler percibía fondos de la planilla del Comité, además de que conoce muy bien la verdadera filiación del mismo Eisler. Además de que Eisler y Barsky han tenido frecuentes contactos personales, juntos han participado en conferencias con otros líderes del Partido Comunista de los Estados Unidos. El galeno y cirujano siempre ha seguido fielmente la zigzagueante línea comunista, y, para amoldarse a las vicisitudes de

esa línea, ha tenido que proporcionar informes inexactos a personalidades del mundo de las letras y de la prensa, en relación con el pretendido carácter de la organización de Frente Rojo que él patrocina. Esta es una de las razones por las cuales, entre otras muchas, el Comité se opone a que el Congreso Federal de los Estados Unidos investigue las intimidades de la vida de la organización.

En pocas palabras, el doctor Barsky es un «poseso» de la falsa idea mesiánica comunista, idea que acata hasta el punto de que los jefes del Comunismo Internacional reconocen en él a un servidor incondicional, siempre dispuesto a proceder como se le pida o como se le ordene.

Otro ejemplo típico del «poseso» comunista es el exjefe del Comité Nacional Defensor de las Libertades Constitucionales, George Marshall.

Marshall, quien también se niega a revelar los antecedentes de sus actividades, ha sido siempre seguidor de la oscilante brújula comunista, tanto durante el periodo del pacto entre Hitler y Stalin, como en la época posterior del conflicto; y como lo es hoy, en estos días de «guerra de nervios».

El Comité Nacional Defensor de las Libertades Constitucionales, que él presidió, se ha amalgamado recientemente con la organización veterana del comunismo conocida bajo el nombre de Defensa Internacional del Trabajo, viniendo a integrar el actual Congreso de Derechos Civiles.

Marshall es hijo del difunto Louis Marshall, un rico abogado especializado en derecho constitucional, de quien heredó una fortuna cuantiosa que hoy invierte en favor de la causa que está sirviendo con tanta devoción. En el curso de mis actividades como editor del *Daily Worker*, yo sostuve varias conferencias con Marshall, algunas de ellas a petición de Earl Browder. Se procedía entonces con todas las reservas posibles para evitar que se hiciesen públicas exteriormente las relaciones existentes entre el mismo Marshall y el comunismo.

Siempre a las órdenes...

No ha sorprendido ahora que la lealtad de Marshall le haya conducido a negar su cooperación al Gobierno de los Estados Unidos. En sus conversaciones, Browder siempre hacia hincapié en la «fidelidad incondicional» de Marshall en favor de los comunistas.

Como director del recién creado Congreso de Derechos Civiles —el Frente Rojo que lucha por la defensa de Eisler— hoy se destaca un escritor de narraciones fantásticas, un cierto Dashiell Hammett. Ese individuo cuenta con un buen «record» de servicios prestados a numerosas organizaciones creadas anteriormente por los comunistas, además de que siempre ha demostrado poseer la habilidad de zigzaguear políticamente según lo exija la línea comunista. Para el editor del *Daily Worker*, Hammett, otro «incondicional» en los ficheros comunistas, era una de las personas que podían considerarse «siempre a las órdenes».

La confianza depositada en Hammett se confirma hoy como antes se probó en todas las vueltas y revueltas del comunismo. Con su nombre y con sus posibilidades, él está cooperando a la «defensa» de Eisler, a sabiendas de

que «Edwards-Brown-Gerhart» vino, fué y volvió, de un lugar a otro del mundo, documentado con pasaportes falsos, fraudulentamente obtenidos. No ignora Hammett que Eisler fingía ilegalmente ser un ciudadano de los Estados Unidos y que se valía de esa falsa ciudadanía para llevar a cabo traidoras actividades en contra de los mismos Estados Unidos. ¡Se necesita carecer de toda integridad intelectual para actuar como actúa Hammett!

Cuando enfoquemos la conducta y las actividades de los líderes francamente comunistas, el fenómeno anteriormente apuntado resaltará aún con mayor evidencia. Pío XI puso su dedo sobre la llaga cuando dijo que el sistema comunista no reconoce ningún derecho natural de la persona humana. Cuando el pulpo rojo extiende sus tentáculos en cualquiera dirección, crea un estado de esclavitud que ahoga la libertad del hombre y que priva a la persona humana de toda dignidad. Quienes sirven a la máquina comunista se convierten en títeres, en verdaderas marionetas que sólo piensan y actúan como les ordenan

Emancipar inteligencias

Es menester recordar y comprender que el marxismo-leninismo, la pseudociencia en que se basa el comunismo, pretende libertar la inteligencia humana, emancipándola de la hiedra espiritual. Al emanciparla del «opio del espíritu» —así lo sostienen los corifeos del comunismo—, el hombre casi matemáticamente puede predecir su futuro, incluyendo la previsión del paraíso terrenal que se aproxima, esto es, el advenimiento universal del socialismo y del comunismo.

Empero, la verdad es que al despojar al hombre de su tesoro espiritual, el marxismo-leninismo provoca la destrucción o el desaparecimiento de toda integridad intelectual. Es así como la única medida de «moralidad» o de «inteligencia» viene a ser el servilismo con que los comunistas y sus adláteres acatan los mandatos de los dictadores soviéticos.

El reconocimiento de esta realidad debiera abrirnos los ojos para apreciar cuánto más odiosa de lo que publican ciertas escuelas del periodismo sensacionalista y sentimentalista es la realidad del comunismo. Corresponde a todos los americanos y en especial a todos los católicos de América, el deber de advertir al prójimo, en todos los lugares de nuestro continente, cuán honda es la degradación intelectual que implica el aceptar o el someterse a la dominación comunista. Es deber de todos los hombres patriotas actuar abiertamente en contra de los patrocinadores de esa doctrina de esclavitud, ya sean ellos comunistas militantes o comunistas solapados.

Los comunistas solapados, que se ocultan para desarrollar más eficazmente la campaña sistematizada del fraude y del engaño, pueden ser desenmascarados fácilmente. De ello me ocuparé con más extensión en un próximo artículo: ¿Cómo reconocer a los rojos que se introducen furtivamente en organizaciones que no son comunistas? ¿Cómo descubrir cuáles son las organizaciones que integran el Frente Rojo? En todas partes es uno, solamente, el estigma que marca a los comunistas: su servilismo incondicional a la dictadura soviética, un servilismo que se exterioriza en toda actitud y en toda actuación políticas.

Luis F. Budenz

19

Noticiario quincenal

Hebreos y musulmanes en Egipto llaman a Santa Teresita "Mensajera de Alah"

(NC). — La Basílica de Santa Teresita del Niño Jesús que se eleva en el centro de la populosa barriada de Choubra, en El Cairo, es visitada no solamente por peregrinos católicos, sino también por hebreos, musulmanes y paganos, quienes llaman a la Santa del Carmelo de Lisieux por el poético nombre de «Mensajera de Alah», narra el Servicio de Información de la Iglesia Oriental que se publica aquí.

La devoción a Santa Teresita comenzó a desarrollarse en El Cairo desde que dos padres carmelitas erigieron una capilla en su honor el mismo año de su canonización, 1925. La capilla estaba situada en el lugar en que ahora se alza la Basílica, cuya construcción se demoró desde 1931 hasta 1937. Choubra es un sector muy populoso, siendo sus habitantes principalmente obreros y menestrales.

Se calcula que pasan de 4.000 los peregrinos que visitan mensualmente la Basílica egipcia, los cuales vienen del Alto Egipto, de Port Said, de Alejandría y de Suez, representando todas las razas y todas las sectas. Su agradecimiento a la Santa por los favores obtenidos está expresado en exvotos que cubren las paredes de la cripta, donde, al igual que en Lisieux, aparece la figura yacente de Santa Teresita en una urna de cristal, así como en los que se hallan en el atrio de la Basílica. Se pueden contar más de 3.000 de ellos, que manifiestan las gracias en veinticuatro idiomas diferentes.

En el altar mayor se venera todavía la sencilla imagen que presidía la pequeña capilla levantada hace veintidós años en honor de la «Mensajera de Alah».

Revivense las glorias de Santa Teresa en el cincuentenario de su muerte

(NC). — Con una asistencia de 2.000 personas, entre eclesiásticos y seglares, se celebra en el Palacio Chaillot, de París, el congreso conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Santa Teresa del Niño Jesús. Entre los dignatarios presentes a la Misa de apertura en la Catedral de Notre Dame se encontraba el Primer Ministro de Irlanda, Eamon de Valera (quien participa en las conversaciones europeas sobre el Plan Marshall). Presidió la Misa el Cardenal Emanuel C. Suhard, Arzobispo de París.

Su Santidad el Papa Pío XII, en un mensaje al Obispo de Lisieux, donde Santa Teresa vivió y murió, detúvose a explicar el significado del «espiritual candor» que llevó a Teresa a la gloria de los altares.

La iglesia de San Francisco Javier celebró una vigilia para honrar la Patrona de las Misiones. El Ballet de París interpretó una cantata en honor de Santa Teresa, sobre música de Juan Sebastián Bach.

Retorna a Lisieux el cuerpo de Santa Teresita

(NC). — A la misma hora en que muriera hace cincuenta años, las siete de la tarde del 30 de septiembre, cerrábanse las ceremonias en honor de Santa Teresita del Niño Jesús en la capilla del Convento Carmelita de Lisieux, después de que la reliquia que guarda su cuerpo llegase en automóvil desde París, donde tuvo lugar un magno Congreso conmemorativo.

La Ciudad Luz tributó su homenaje con manifestaciones populares de fe religiosa, entre ellas la efectuada en el Campo de Deportes, donde se representó un auto escrito por Henri Brochet sobre la vida de los santos precursores y modelos de Santa Teresita; 130 artistas participaron, y el

público, que alternaba sus oraciones y cánticos con el drama.

Decenas de linternas eléctricas, en manos de sacerdotes y exploradores, apuntaron en un momento dado a la urna de la santa, ofreciendo un espectáculo incomparable. A media noche, un anciano sacerdote, que en su infancia cantó en el coro al tiempo en que Santa Teresita recibía su hábito carmelita, celebró la Santa Misa. Fueron necesarios cincuenta sacerdotes para distribuir la Comunión a los fieles.

Las reliquias de Santa Teresa de Lisieux recorren procesionalmente los caminos de Francia

La caja-relicario de Santa Teresa, expuesta en un carruaje convertido en capilla, ha abandonado el Carmelo de Lisieux el 19 de febrero para un largo recorrido a través de las diócesis de Francia.

Mr. Germain, Director de la peregrinación de Lisieux, y un padre vendeano acompañan las reliquias de la Santa francesa, cuyo cuerpo, que no fué embalsamado, ha conservado, como el de Santa Bernardita Soubirous, en Névers, su flexibilidad y ha sido preservado de la descomposición.

El Papa pone de relieve las características de santidad de Santa Teresita

Lisieux, octubre 4 (NC). — En un mensaje dirigido al Excmo. Mons. Francisco María Picaud, Obispo de Bayeux y Lisieux, con ocasión del cincuentenario de la muerte de Santa Teresita del Niño Jesús, Su Santidad el Papa Pío XII señala las características espirituales de la Santa Carmelita de Lisieux, poniendo de relieve las diferencias entre la niñez natural y la niñez espiritual.

El Papa recuerda las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños no entraréis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño ése será el mayor en el reino de los cielos», y comenta que todo infante «es sencillo, sin duplicidad y sin complicaciones inútiles, así como también consciente de su debilidad, pues debe recibirlo todo de sus padres».

La vida de Santa Teresita, al par que retrata el natural desarrollo de un niño, manifiesta con gran claridad los caracteres distintivos de la infancia espiritual, la cual, dice el Sumo Pontífice, «se distingue por la madurez de juicio sobrenatural, inspirada por el Maestro interior; San Pablo escribe: "No seáis niños en vuestra mente, sino en malicia; sed maduros en la mente"».

Las almas que comprenden esos dones de la infancia espiritual y los viven, siguiendo el ejemplo de Santa Teresita de Lisieux, han encontrado la perla preciosa de que habla el Evangelista: comprenden que la verdadera vida cristiana no es sino el comienzo de la vida eterna, explica Su Santidad.

Y concluye: «Que el Espíritu Santo conceda sus gracias abundantes a todos los que participan, de lejos o de cerca, en el próximo Congreso, y a todos los que aspiran a vivir más íntimamente la verdad que salva».

Santa Teresita y una voluntad tenaz hacen aviador a un misionero

(NC). — La decisión inquebrantable de adoptar todos los medios necesarios para atender mejor a sus fieles y la intercesión implorada de Santa Teresita del Niño Jesús, convirtieron al R. P. Andrew Linssen, de la Compañía de María, en un aviador a los 50 años de edad, después que

por espacio de 17 había tropezado con las mayores dificultades para misionar la región sur de Colombia.

Cuando el Padre Linssen llegó al convencimiento de que era necesario utilizar el avión para atender espiritualmente al rebaño que se le había confiado, decidió poner al servicio de la idea toda su tenacidad, y convencido que nada lograría si no fortificaba la misma con la gracia de Dios, tomó por intercesora a Santa Teresita del Niño Jesús: hoy cuenta con un avión y una licencia de piloto, que no se obtiene muy frecuentemente por cierto a su edad.

Sus progresos en la Escuela Técnica Aeronáutica de la Universidad de San Luis fueron muy lentos al principio,

sobre todo porque tuvo que empezar por aprender el inglés. Pero en dos meses obtuvo la licencia.

Entonces comenzó su lucha por obtener un avión. Santa Teresita no dejó de ayudarle, y el día de su fiesta, 3 de octubre, un amigo del sacerdote, rico hombre de negocios de San Luis le invitó a almorzar junto con doce señores acaudalados de la misma ciudad, quienes contribuyeron en el acto la cantidad necesaria para adquirir el aparato.

El Padre Linssen se dispone ya a volar hasta Colombia, donde se ocupará ante todo de limpiar una región selvática junto a la misión para hacer de ella un campo de aterrizaje, desde donde reiniciará su misión apostólica con la ayuda invariable de la Florecita del Carmelo.

ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Creemos de interés en este número la publicación del prólogo que María Antonia Salvá, la gran poetisa Mallorquina, escribe para su traducción de las poesías de Sta. Teresita

POEMES DE SANTA TERESA DE L'INFANT JESUS, por María Antonia Salvá

Del Serafi encarnat per ben escriure
caldria ser un altre serafi,

ha dit Verdaguer al començ del seu poema «Sant Francesc». I això mateix havia de dir jo quan, cedint a reiterades instàncies que no podia desatendre, empenquí la versió catalana dels Poemes de Santa Teresa de l'Infant Jesús. Per més que el cas no sigui ben igual, ja que el traductor no posa de part seva més que la fidelitat al text original, és el meu parer que tot bon traductor ha de sentir-se tan identificat amb l'esperit de l'autor, que l'obra d'aquest arribi a semblar-li creació pròpia. Però, ai! Que lluny està en el cas present una tal identificació!

La Santeta de Lisieux és tota ella un prodigi de la munificència divina. Fins en l'aspecte material, se'ns ofereix com un ésser privilegiat: només d'esguardar-la en imatge, ens envaeix com una alenada de primavera. A través de la seva bellesa física, radiant de fina distinció, se'ns revela la flama espiritual que l'anima i la claredat de intel·ligència que veiem confirmades en llegir la seva autobiografia.

Una amiga meva, qui em fou també companya en l'estudi del francès, em regalà anys enrera aquell llibre deliciós *Histoire d'une Ame*; i resseguint jo la seva lectura em sentia admirada de què l'autora, una Santa tan excelsa com Santa Teresa de l'Infant Jesús, venerada ja per tota la cristiandat, ens fos coetànea fins al punt que jo, qui l'avençava de tres anys en la vida, em recordés de coses esdevingudes abans de la seva naixença.

Això, que tan poc té que veure, i les seves i les meves aficions a la naturalesa, a l'art, a la poesia, i a la neu, i a les flors del camp, i també (ja no cal dir-ho) a les fruïcions de l'ànima dins l'ordre sobrenatural, me la feren estimar particularment sense preveure que, amb el temps, la *Gemma preadíssima del Carmel* i de tota l'Església de Déu havia de tenir en mi una pobre traductora dels seus Poemes místics.

Heus-la aquí, la meva humil traducció. Hi he posat tota la meva voluntat, tota la meva constància, tot esment a servir, tant com he pogut, la mètrica i fins la rima de l'original, cosa, de vegades, difícil; però la traducció és fidel.

Sigui tot a glòria de Déu i de la Verge de Lisieux—alegradora dels cors i sembradora de roses—Santa Teresa de l'Infant Jesús.

MARIA-ANTONIA SALVA

Lluchmajor, 18 de març de 1945.

Para escribir bien del Serafin encarnado es preciso ser otro serafin,

ha dicho Verdaguer al principio de su poema «Sant Francesc». Y esto mismo había de decir yo cuando, cediendo a reiteradas instancias que no podía desatender, empenqué la versión catalana de los Poemas de Santa Teresita del Niño Jesús. Por más que el caso no es bien igual, ya que el traductor no pone de su parte más que la fidelidad al texto original, yo opino que todo buen traductor ha de sentirse tan identificado con el espíritu del autor, que la obra de éste llegue a parecerle creación propia. Pero, ¡ay! ¡Qué lejos está en el caso presente una tal identificación!

La Santita de Lisieux es toda ella un prodigio de la munificencia divina. Hasta en el aspecto material se nos ofrece como un ser privilegiado, sólo al ver su imagen nos invade un hálito de primavera. A través de su belleza física, radiante de fina distinción, se nos revela la llama espiritual que la anima y la claridad de su inteligencia, que vemos confirmada en su autobiografía.

Una amiga mía, que fué también mi compañera en el estudio de francés, me regaló años atrás aquel libro delicioso *Histoire d'une Ame*, y leyéndolo me sentía admirada de que la autora, una santa tan excelsa como Santa Teresita del Niño Jesús, venerada ya por toda la cristiandat, nos fuera coetànea hasta el punto de que yo la avanzaba de tres años en la vida, y recordase acontecimientos sucedidos antes de su nacimiento.

Esto, que tan poca relación tiene, y sus aficiones y las mías a la naturaleza, al arte, a la poesía y a la nieve y a las flores del campo, y también (no es preciso decirlo) a las fruiciones del alma dentro del orden sobrenatural, me la hicieron amar singularmente sin prever que, con el tiempo, la *Gema apreciadísima del Carmelo* y de toda la Iglesia de Dios, había de tener en mi una pobre traductora de sus poemas místicos.

He aquí mi humilde traducción. He puesto en ella toda mi buena voluntad, toda constancia y todo cuidado en conservar, tanto como he podido, la métrica y hasta la rima del original, cosa, a veces, difícil; pero la traducción es fiel.

Sea todo a la gloria de Dios y de la Virgen de Lisieux, animadora de los corazones y sembradora de rosas, Santa Teresita del Niño Jesús.

BIBLIOGRAFÍA

INGLESES, FRANCESES Y ESPAÑOLES, por Salvador de Madariaga. Editorial Sudamericana, Buenos Aires. 6.^a Edición, 1946.

El subtítulo de «Ensayo de psicología comparada» indica claramente el propósito del autor. Nosotros, en nuestro comentario, no vamos a entrar en cuanto tenga referencia con ingleses o franceses. Nos limitaremos escuetamente a los españoles. La razón es obvia: somos españoles y conocemos a nuestros compatriotas; el concepto que podamos tener de los ingleses y franceses nos lo hemos formado desde España, y acaso sea subjetivo, y por eso creemos que la omisión de cualquier comentario puede librar-nos, en este caso, de caer en error.

Madariaga hace sus estudios psicológicos no sólo en cuanto se refieren al carácter propiamente dicho, sino también en sus relaciones e influencias con las estructuras social y política, con la historia, con la religión y el patriotismo, que destacamos como principales entre los varios apartados de su obra.

A dos conceptos generales, que sientan la orientación que el libro que nos ocupa tiene, nos referiremos en primer lugar. Madariaga, hombre liberal, no puede ocultar su liberalismo, por más que se esfuerza en parecer objetivo, valiéndose de la experiencia diplomática que tiene, con la cual busca agradar a todos sin comprometerse mayormente. Pero su liberalismo, muy diplomáticamente ocultado si se quiere, respira bien en su obra. Y así, en todos sus capítulos, apreciamos que el estudio psicológico del pueblo español está realizado con visión liberal y con la experiencia histórica del siglo XIX y lo que va del XX. ¡Cómo si no hubiera otros siglos en nuestra historia! Y como si el espíritu liberal estuviera conforme con la idiosincrasia española.

Anotemos algunos párrafos del autor para que él mismo nos conduzca a la consecuencia a la que queremos llegar. Al hablar de las Constituciones, afirma que «en España es raro que salgan con toda su virtualidad del papel en que se hallan escritas», y añade poco después: «Todas estas características actúan en España contra el establecimiento de un sistema democrático de gobierno sobre bases duraderas y fuertes, aunque, entendiéndose bien, no contra la existencia de vida y costumbres democráticas». Lo que ha de entenderse bien es que lo que Madariaga llama «sistema democrático de gobierno» es simplemente «sistema liberal de gobierno», el cual está en abierta oposición contra el concepto tradicional de democracia del pueblo español, y por lo tanto lo que puede aparecer como contradicción entre el «sistema democrático» y la «vida y costumbres democráticas», no lo es propiamente, sino oposición de éstas, arraigadas en el pueblo español, contra el sistema liberal, ficticiamente democrático y opuesto al ser de España.

Aquí, y para estos conceptos, tienen también aplicación las palabras que Madariaga dedica al lenguaje cuando habla de las Academias de importación extranjera y de su gramática: «En España, gramática y Academia extrañas al genio nacional, y, por consiguiente, ambas al margen de la vida del pueblo». Aplíquese esto al liberalismo y se tendrá una afirmación mucho más exacta de la que a la gramática se refiere.

Pues bien, estudiar la psicología a través de la historia

liberal contemporánea española y querer ver las cosas «liberalmente», es una equivocación lamentabilísima. Así no se llegará nunca a comprender verdaderamente ni la psicología ni la historia del pueblo español.

El otro concepto general al que nos referíamos es el Catolicismo. Es cierto que el autor trata respetuosamente, e incluso, si se quiere, encomiásticamente, al Catolicismo. Estamos dispuestos a conceder todo lo que se nos diga en cuanto a la forma con que Madariaga habla de la Religión Católica. No es esto de lo que se trata, sino del fondo. ¿Es Madariaga católico? Y si lo es, ¿tiene tal convicción en nuestra fe que se pueda de él decir, con frase de nuestros padres, que es católico a machamartillo?

Dejemos aquí sentada una verdad: Para comprender bien a España es preciso tener el catolicismo íntegramente arraigado. Nuestra historia no puede comprenderse sin comprender y sentir nuestra Religión Católica. Si se está apartado de ella o la poseemos en forma mediocre, es inútil que nos esforcemos en estudiar a España: divagaremos mucho, llegaremos a sentar unas conclusiones, pero desacordes con la auténtica verdad... En fin, *no comprendemos bien a España*. Sinceramente, creemos que Madariaga está bastante lejos de la posesión íntegra del Catolicismo: a lo menos, en su libro, no deja entrever que la tenga. Y de ahí, los naturales errores en que cae, muy «diplomáticamente» disimulados, pero que pueden dar lugar a confusiones en espíritus no conocedores de la materia o que no quieren meditar lo expuesto por Madariaga comparándolo con la realidad, que a nadie escapa y que está al alcance de todos.

No vamos a censurar el espíritu observador del autor que estudiamos. No vamos a ponerle el veto en este aspecto, sino que lo reconocemos en cuanto vale. Pero, si bien las premisas son buenas (sin que nos atrevamos a calificarlas de *muy buenas*), no sucede lo mismo con las consecuencias: aquí es donde está el error, la visión liberal, la falta de una profunda convicción católica.

Vayamos a un par de ejemplos, como epílogo. Al español, como cualidad básica y distintiva, le otorga el autor el título de «hombre de pasión». Y una de las consecuencias que saca es la siguiente: «De aquí que la vida intelectual del pueblo de pasión se caracterice por cierta *pobreza de tradición consciente* en la línea del tiempo y por una *falta de unidad y de cohesión* al interior de una misma época. Este doble fenómeno se puede observar en la vida intelectual de España». Añadiera que la tradición a que se refiere es la liberal y que las épocas que él considera son también las liberales, y estaríamos del todo conformes. Pero ¿cómo negar que hay *pobreza de tradición consciente* en la tradición católica española, incluso en lo intelectual?, ¿cómo negar que hay falta de *unidad y cohesión* en la plenitud magnífica de nuestra unidad católica?

En otro lugar nos dice: «Inglaterra, Francia, España han hecho América. España, el pueblo de pasión, la descubrió. Fe, visión e incompetencia la llevaron a su absurda y sublime aventura». De acuerdo en lo de fe y visión, pero ¿incompetencia? Si la hubiera habido ¿sería español el descubrimiento? ¿No sería mejor decir que la incompetencia estaba en los demás, en los que se burlaron de la aventura colombiana y española? Por otro lado, nos parece que los términos «visión» e «incompetencia» se contraponen. ¿Fue absurda la empresa? La realidad demostró que la afirmación de absurdidad no puede lanzarse al vuelo así como así.

Luis Luna

CON CENSURA ECLESIASTICA

nión el Emmo. y Rdmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Tarragona. En la Iglesia del Sagrado Corazón.

12 h.—Inauguración de la Exposición de la Congregación Mariana de Barcelona, instalada en el local del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro.

20 h.—Novena de la Inmaculada. Se celebrará todos los días, a esta hora, en la Basílica de Santa María del Mar. Comenzará el acto con la Exposición de su Divina Majestad; práctica de la Novena; sermón a cargo del Rdo. P. Manuel M.^a Vergés, S. I., Director de las Congregaciones de la Inmaculada Virgen María y de la Purificación de Nuestra Señora. Bendición y reserva por el Emmo. y Rdmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Tarragona.

Día 1.º de diciembre, lunes

8 h.—A esta hora, todos los días, Misa de Comunión en la Iglesia del Sagrado Corazón.

10 y 16 h.—Reunión de las Comisiones del Congreso en Balmesiana.

20 h.—Segundo día de la Novena.

22.30 h.—Vigilia Eucarística, con misa de medianoche, en la Iglesia del Sagrado Corazón, para impetrar la proclamación dogmática de la Asunción, con asistencia de la Adoración nocturna.

Día 2, martes

A las horas indicadas en el día anterior, Misa de Comunión, reunión de las Comisiones y Novena de la Inmaculada.

Día 3, miércoles

A las mismas horas, Misa de Comunión y Novena.

10 h.—Reunión de Comisiones y sesión especial de representantes de Congregaciones femeninas, obreras y de menores.

16 h.—Primera reunión del Pleno del Congreso, en el Salón de Balmesiana. A continuación, conferencia por el P. F. Lelotte, S. I., Director del "Foyer de Notre Dame", sobre "Le rôle de Marie dans le Catholicisme".

Día 4, jueves

Peregrinación al Real Monasterio de Santa María de Montserrat y a la Cueva de San Ignacio en Manresa.

7.30 h.—Salida en tren especial.

10.30 h.—Misa Pontifical, celebrada por el Rdmo. Padre Don Aurelio M.^a Escarré, O. S. B., Abad del Monasterio. En el ofertorio, se ofrendará la lámpara votiva que el Congreso dedica a Nuestra Señora.

Visita al Monasterio, y almuerzo.

16 h.—Salida para Manresa y visita de la Santa Cueva; los congresistas estarán acompañados por representantes de la Obra de Ejercicios Parroquiales de la diócesis de Vich. Asistirá también la O. E. P. de Barcelona. Práctica del quinto día de la Novena en Manresa (que también se practicará en la misma forma que en días anteriores en la Basílica de Santa María del Mar).

Día 5, Primer viernes

8 h.—Los congresistas asistirán a la Misa de Comunión que todos los meses celebra el Apostolado de la Oración (Iglesia del Sagrado Corazón).

10 h.—Segunda reunión del Pleno del Congreso. A continuación, conferencia sobre "La Mediación de la Virgen Santísima", por el Rdo. P. José M.^a Bover, S. I., Profesor de Sagrada Escritura del Colegio Máximo de Sarriá.

13 h.—Recepción que la Junta Diocesana de la Acción Católica de Barcelona ofrece en sus locales a los congresistas.

16 h.—Tercera reunión del Pleno del Congreso en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona. A continuación, visita a la misma.

18 h.—Sesión pública en el Paraninfo:

"La Asunción de la Virgen en la España medieval", por el Dr. D. José María Font Rius, Catedrático de la Universidad de Murcia y Congregante.

Interpretación de canciones populares marianas españolas por la "Schola Cantorum Universitaria", dirigida por el Maestro don Antonio Pérez Moya.

"La tradición asuncionista en las Iglesias orientales (unidas y no unidas)", por el Doctor don José M.^a Millás Vallicrosa, Catedrático de la Universidad de Barcelona y Congregante.

20 h.—Sexto día de la Novena.

22.30 h.—*La Hidalgo del valle y El pleito matrimonial entre el Alma y el Cuerpo*, autos sacramentales de Calderón de la Barca, presentados por el "Teatro de Estudio", en el Palacio de Proyecciones, de Montjuich.

Día 6, sábado

8 h.—Misa de Comunión en la Basílica de Nuestra Señora de la Merced, Patrona de Barcelona; los congresistas estarán acompañados por los miembros de la Juventud de la Acción Católica barcelonesa.

10 h.—Cuarta reunión del Pleno del Congreso.

12 h.—Visita al Barrio antiguo de la Ciudad, a la Diputación y al Ayuntamiento.

16.30 h.—Sesión pública asuncionista dedicada a la

santa memoria del P. Luis Fiter, S. I., Restaurador de las Congregaciones, en el Palacio de la Música.

Breves palabras de dedicación del acto por don Joaquín M.^a de Nadal, Vicepresidente de la Junta Diocesana de la Acción Católica de Barcelona y Congregante del P. Fiter.

Conferencia de don Santiago Udina Martorell, Presidente de la Junta Diocesana de la Acción Católica de Barcelona, acerca de "Las Congregaciones Marianas en la Acción Católica Española".

"El P. Fiter y la devoción a María", por el Rdo. P. Manuel M.^a Vergés, Director de la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, de Barcelona.

Conferencia sobre "La Asunción de la Santísima Virgen", por el Excmo. Sr. Dr. D. Arturo Tavera, C.M.F., Obispo de Barbastro.

20 h.—Séptimo día de la Novena, comenzando con el rezo del Santo Rosario.

Día 7, domingo

9 h.—Misa Pontifical de Comunión, que celebrará el Excmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Gregorio Modrego Casaus, Obispo de Barcelona, en la Basílica de Santa María del Mar. Al final se practicará el octavo día de la Novena.

11.30 h.—Festival de los Centros catequísticos de la Congregación Mariana de Barcelona, en el campo de deportes de "La España Industrial" (Hostafranchs), con participación de la sección de instrumentos de viento de la Orquesta Municipal.

17 h.—Solemne sesión de clausura del Congreso en el Palacio Nacional de Montjuich, presidida por el Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de S. S.

Lectura de las conclusiones aprobadas.

Palabras de las representaciones extranjeras en sus respectivas lenguas.

Concierto de órgano del organista don Juan Suñer Sintés, interpretando el siguiente programa: Choral: "Von Gott voill och nicht lamen" (No quiero alejarme de Dios). "Kommit du nun, Jesu, vom Himmel her unter" (Jesús desciende ahora del cielo). "Tocatta y fuga en re menor".

Alocución del Excmo. Sr. D. José M.^a Peñán, Presidente de la Real Academia Española, Congregante.

Alocución del Excmo. Sr. D. Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes del Reino, Congregante.

Discurso del Excmo. y Rmo. Sr. Dr. Don Gregorio Modrego Casaus, Obispo de Barcelona.

Palabras finales, clausurando el Congreso.

Día 8, lunes

5 h.—Misa de aurora, en el altar de la Inmaculada de la Congregación. Iglesia del Sagrado Corazón.

8 h.—Misa de Comunión general, que celebrará el Excmo. y Rmo. Sr. Obispo de Barcelona, en la Iglesia del Sagrado Corazón, para los Congregantes de la Inmaculada y Purificación y Congresistas de fuera de Barcelona.

10 h.—Asistencia a la tradicional Misa Pontifical, que en este año, con ocasión del Congreso, celebrará el Excmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Cayetano Cicognani, Nuncio Apostólico de Su Santidad, en la Santa Iglesia Catedral Basílica, en la cual las Autoridades de Barcelona oran ante la imagen de la Inmaculada, portadora de las llaves de la Ciudad.

12.30 h.—Visita de los niños de los Centros Catequísticos de la Congregación a la Inmaculada. Iglesia del Sagrado Corazón.

13 h.—Tédéum en acción de gracias por los beneficios recibidos por la Congregación de Barcelona durante los veinticinco años de dirección del Reverendo P. Manuel M.^a Vergés, S. I.

19 h.—Solemne clausura de la Novena de la Inmaculada, con Vísperas pontificales, reserva y bendición por el Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en España.

Día 9, martes

Excursión al Real Monasterio de Santa María de Poblet, panteón de reyes.

7.30 h.—Salida de Barcelona.

Misa de Comunión, desayuno y actos ofrecidos por la Congregación de Nuestra Señora de la Candela, de la ciudad de Valls.

Visita al Monasterio de Poblet, y Salve cantada por los monjes.

20.30 h.—A la llegada a Barcelona, Tédéum de gracias por la celebración del Congreso, en la Iglesia del Sagrado Corazón.

Día 10, miércoles

8 h.—Misa de réquiem por el alma de los Congregantes fallecidos, especialmente por los muertos en la Guerra mundial de 1939 y en la civil española de 1936.

Con motivo de la solemnidad de la Virgen de Guadalupe, y a iniciativa de las Congregaciones mexicanas, se celebrará un acto de hermandad hispano-americano, cuyo desarrollo se anunciará oportunamente.

A. M. D. G. et L. V. M.